

FR

FBI SPLATTERS

E. JARBER

MISTERIO EN QUINIENTOS DOLARES



**SELECCIONES
DEL
F.B.I.**

E. J A R B E R

**MISTERIO
EN
500 DOLARES**

Título del original, en inglés:
A 500 DOLLARS MYSTERY

c E. J A R B E R
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLÁN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid - 5. España

Núm. de Rgto.: 6.575 - 1960.

Dpto. Legal, M. 4.328 - 1966.

Printed in Spain

JOSE RUIZ ALONSO - Impresor - Madrid

PROLOGO

S

I cuando llegué a París, como una etapa más de mi desenfadado y alegre viaje por Europa, me hubiese profetizado alguien... Pero, en realidad, existió la profecía.

Un gracioso espantapájaros, con túnica, gorra de estrellas, barba blanca y sarmentosas manos apoyadas sobre una bola de cristal, me anunció con un ridículo tono melodramático:

—Su nombre llegará a ser muy conocido. Tendrá dinero abundante y viajará mucho. Muy pronto, un acontecimiento inesperado le obligará a emprender una nueva vida.

No me eché a reír entonces porque me pareció natural todo aquello. El nombre de mi tío —lord Fisher— era ya muy conocido en Inglaterra. Yo —Ronald Fisher— era el único heredero del opulento lord.

Tener dinero abundante sería la natural consecuencia.

Tampoco la profecía de los viajes me resultaba extraña, porque viajar era casi un vicio para mí.

Y, dada la inteligencia que yo mismo me suponía inmodestamente, lógico habría de ser que, por mis actividades, por mí simpatía y por mí título, mucha gente solicitara mi presencia.

La palabra «Inesperado» fue lo único incomprensible en los augurios del majadero adivino al que acudí para divertirme, en compañía de dos traviesas y risueñas componentes de una alegre revista.

Ya sabía yo que había de pasar por un próximo acontecimiento. Sí. El de mi boda con la hija de un rechoncho y adinerado conservero de York. Pero esto no tenía nada de inesperado.

Lo que el mago no me especificó fue mi próximo e inimaginable contacto con una organización de cuya existencia yo solo tenía conocimiento por el cine y las novelas: el F. B. I.

Violet Simpson —mi novia— era una preciosidad.

Aun así yo no sentía ningún entusiasmo por casarme, pero acepté gozoso el viaje por Europa.

Mi tío me lo ofreció como despedida de soltero y me lancé fervientemente a poner la huella alegre, frívola y desenfadada de mi paso por todos los cabarets, salas de fiestas y «boîtes» de las ciudades europeas.

Yo no tenía carrera universitaria. Mi bagaje cultural consistía en un poco de todo, incluyendo natación, baile, resistencia ante cualquier brebaje de bar o cafetería y un no sé qué personal que me rodeaba constantemente de esos seres encantadores y absurdos que son las mujeres.

Me falta añadir que tengo el cabello castaño y discretamente ondulado: un metro setenta y cinco de estatura, piel atezada, cuerpo esbelto y atlético, bigote completo —pero sin ridículas guías—, dientes sanos y blancos, que brillan cuando sonrío, y muy buen humor. En fin, que —perdón por la inmodestia, pero tengo que decirlo para completar el relato— soy un hombre apuesto. Por si no lo ha notado nadie aún, digo también que soy muy vanidoso. Y, acababa de cumplir veintiocho años cuando en mi camino se cruzó el F. B. I.

I

UNA ESCULTURA Y UNA SONRISA

L

A esfera terrestre efectuaba su rotación correspondiente a un 15 de marzo. Yo estaba en París desde una semana antes. Mi viaje tuvo que realizarse durante el invierno, porque la boda con Violet Simpson se había previsto para mitad de mayo.

Un poco fatigado por mí entusiasta turismo nocturno, cuando salí del restorán aquella noche, después de cenar, no sé qué absurdo impulso me produjo la idea de acostarme temprano.

La noche estaba fría y nublado el cielo. A ratos caían algunas gotas de agua, las suficientes para hacer brillar el asfalto de las calles y permitir en el suelo el reflejo de las bombillas del alumbrado y de los focos de los automóviles.

Dispuesto a meterme en la cama del hotel y dormir sin la intervención de vinos espumosos, creí conveniente pasear un poco, antes de realizar mi disparatada decisión.

Me agradaban el frío nocturno y las intermitentes duchas con que me obsequiaba la naturaleza.

Salí de las vías principales y me interné por callejuelas menos iluminadas y mucho más solitarias.

Fumaba un cigarrillo y silbaba una alegre canción. La canción era... Bueno. No me acuerdo, pero tampoco tiene importancia.

El caso es que, distraído, me encontré de repente en una callejuela estrecha y larga, sin transeúntes, a espaldas de un cine que tenía su entrada principal por otra calle paralela más ancha.

Estaba tan poco alumbrada, que apenas veía.

Una sola luz macilenta iluminaba débilmente el extremo por dónde comencé. Había un par de faroles más, pero sin bombillas.

Hacia la mitad de la calle, una puerta abierta dejaba escapar y chocar con el pavimento un haz luminoso —poco luminoso—, que con escasa generosidad regalaba la empresa del cine. La puerta era una de las salidas de la sala de espectáculos.

Al pasar ante ella, vi dentro al portero uniformado, leyendo un periódico. A este lado de la calle no había más puertas porque toda la

fachada correspondía al cinematógrafo. A mi derecha, numerosos portales de casas de vecindad aparecían cerrados y oscuros.

Ya me iba acercando lentamente al otro extremo de la calleja. Quince o veinte pasos detrás de mí quedaba la puerta del cine... De repente...

Todo fue rapidísimo. Una mujer apareció corriendo desesperadamente —en dirección contraria a la mía— quitándose el abrigo. Su silueta era esbelta y ágil. Su movimiento al correr, armonioso.

Se detuvo bruscamente ante mí, mirándome con gesto de ansiedad curiosa. Sólo tuve tiempo de advertir unas pupilas negras y unos labios rojos, encantadoramente dibujados. Aun con esto solo, me sentía atraído, y ya me disponía a decírselo cuando ella me interrumpió, exclamando con decisión, pero sin alzar la voz:

—¡Ayúdeme, por favor! ¡Venga!

Me arrastró, tirándome de un brazo, hasta el quicio oscuro de un portal cerrado, mientras se quitaba un sombrero rojo, pequeño como un solideo, dejando sueltos unos abundantes e indisciplinados cabellos tan negros como sus ojos. Envolvió el sombrero en el abrigo, del mismo color.

La mujer colocóse de espaldas al rincón del portal, escondiendo tras de sí las prendas.

«¿Qué tendré yo —empecé a pensar— para que todas las mujeres que encuentro me necesiten?»

Pero no pude responderme, porque un ruido de pasos agitados me llegó a los oídos desde el extremo de la calleja, por el mismo lado de donde había surgido la mujer que acababa de raptarme hasta el portal. Mirando de reojo, pude ver a dos hombres que se acercaban corriendo seguidos por otra mujer. Quise decir algo, pero la del abrigo rojo me interrumpió, susurrando con tono seco de voz de mando:

—¡Cállese y no se mueva!

Tirándome de las solapas, me apretó contra sí. Yo estaba tan sorprendido, que no acertaba a pensar ni a reaccionar. Todo había sucedido en pocos segundos. Pero la serie de sorpresas estaba aún en su comienzo. La mujer ordenó:

—¡Bésame! ¡Pronto!

Aquello se me había puesto de mil modos diferentes en otras ocasiones, pero nunca en forma de orden militar.

Me aturdí tanto, que hasta se me ocurrió protestar.

—¡Oiga! Yo...

Las siguientes palabras se ahogaron en un murmullo ininteligible. Ella me echó violentamente los brazos al cuello. Me di cuenta de que los que antes corrían ahora estaban parados muy cerca.

Y, con muy mal humor, murmuraban los dos hombres palabras gruesas, cosa que me pareció incorrectísima, puesto, que iban acompañados por una representante de mis deliciosas admiradoras.

La joven que me había pedido ayuda, al oírlos, hizo una ligera torsión de cuello, para conseguir que su rostro quedase cubierto con mi cabeza.

En aquella postura violenta e incomprensible a la que yo había llegado sin tiempo para razonar, parecíamos dos enamorados despidiéndonos para toda la vida. Los hombres se acercaron y mi pareja hizo de mi cuerpo el más efectivo biombo.

Ya no podía yo ver a los maldicientes personajes, porque estaban totalmente a mí espalda.

Pero oí que uno de ellos comentaba:

—Esa pareja se asfixiará si no descansa.

—Vanaos a preguntarle sí... —dijo el otro.

—¡Bah! ¿Tú crees que esos están para darse cuenta de nada?

Seguían acercándose muy despacio. Mi raptora introdujo la mano bajo mi abrigo y me apoyó en las costillas un objeto duro, mientras apartaba la cara un milímetro para susurrar:

—Esto es una pistola. Cuidado con lo que contesta.

Entonces, uno de los hombres, llamó con voz dulce y armoniosa.

—¡Eh, amigo! Tome aliento y responda a unas preguntas.

Interpretando una presión de la mano femenina que aún se apoyaba en mi cuello, me volví lentamente, ocultando con mi espalda a la mujer, que puso ahora el objeto duro sobre mi espina dorsal y se encogía en la oscuridad del quicio.

Ante mí había dos hombres y una mujer. No pude evitar que mis pupilas se detuvieran primero en la silueta femenina. Créanme si les digo que, aunque el examen solo duró media docena de segundos, en aquel breve instante me di cuenta de todos los detalles que relaciono a continuación:

Era más bien alta. Supuse que la punta de su nariz rozaría mi barbilla. Era rubia y llevaba el pelo suelto, en melena casi lisa, con lo que solo podía verse un ojo completo y la mitad del otro.

Este ojo y medio eran totalmente grises. Confieso que esto lo supe después, porque la calleja era muy oscura.

Entonces sí aprecié que brillaban en la penumbra con un reflejo metálico y que estaban fijos en mí.

Los labios eran deliciosamente alargados. Parecían el rojo sangriento de una herida en la palidez del rostro. A primera vista, podía suponerse delgada.

Pero todo el que entiende de algo no se conforma con una primera vista. No. No era delgada. Llevaba un vestido oscuro, tan ceñido que parecía un molde. Se cubría con impermeable de plástico muy transparente, que dibujaba la trastornadora silueta sobre la luminosidad amarillenta del portal del cine.

Estaba impasible, mirándome como si me conociera de toda la vida o como si no le preocupara mi existencia.

Parecía desinteresada de todo, con las manos apoyadas en las aberturas laterales de los bolsillos.

De una de sus muñecas colgaba un bolso pequeño...

A punto estaba de entusiasmarme, cuando comprendí sus ojos.

Sentí un ligero estremecimiento. Aquellas pupilas me miraban con menos interés que si hubiera sido una piedra. Asomaban al exterior un espíritu tan insensible, que su frialdad contagiaba y atemorizaba. Pensé que quizá no hubiese ninguna clase de espíritu en aquella rubia que semejava una escultural muñeca sin vida.

Los dos individuos iban bien vestidos y hasta parecían elegantes. Sin embargo, una vez bajo sus poco tranquilizadoras miradas, aquella misma elegancia les hacía más repulsivos o tal vez más aterradores.

Especialmente uno de ellos...

Me refiero al que Se había dirigido a mí, aunque solo supe este detalle cuando me habló por segunda vez. Era un hombre de mediana estatura y sonriente, con una larga cicatriz a la derecha del rostro moreno, desde el pómulos hasta la barbilla.

El de la cicatriz sonreía. Era una sonrisa fija, como el gesto de una máscara de tragedia griega.

Era una sonrisa helada, más fría aún si cabe que el espíritu asomado a los ojos de la escultura rubia. Inmediatamente comprendí que aquel hombre, como el otro, empuñaba una pistola con la mano escondida en el bolsillo del gabán.

II

LA ESFINGE

R

ECUERDO que comencé a irritarme. Si en vez de haberseme ocurrido la idea estúpida de irme a casa hubiera tomado un taxi y hubiese ido a una luminosa «boîte», en aquel momento estaría...

—Dígame: ¿No ha visto pasar por esta calle a una mujer con abrigo y sombrero rojos? Seguramente iba corriendo...

—No —respondí secamente.

—¡Vaya! ¡No se enfade por la interrupción! Al fin y al cabo, le convenía respirar un poco...

—Bueno. Sigán su camino y déjenme en paz.

La sonrisa del hombre se hizo más amplia y más fría, permitiendo ver unos blancos y cuidados dientes.

—Mire, amigo... No me venga con malos modos y conteste. ¿Ni siquiera oyó pasar a nadie por aquí?

—Eso sí. Alguien pasó corriendo por aquí hace un momento —dije sin ningún interés.

Sin perder la sonrisa, los ojos del hombre se endurecieron y me miró dudando. De repente, exclamó:

—¡Déjeme ver su chica!

—¡No sea impertinente y no moleste más! —me envalentoné—. ¿Qué le pasa? ¿Está borracho?

El hombre movió la mano en el bolsillo del abrigo y pareció manejar algo.

Me gritó:

—¡Apártese!

En aquel momento, la pistola que tenía a mí espalda se retiró de mi espina dorsal y se apoyó sobre mi costado derecho.

Pero ahora de plano.

Comprendí que estaba apuntando a otro blanco.

La mujer morena había dejado de apuntarme. Esto era una señal de que confiaba en mí. Y estaba dispuesta a defenderme, aunque solo fuera por defenderse ella. Todo esto me conmovió. La sentía temblar contra mi espalda. Además, creí observar un matiz burlón en los ojos de la estatua

rubia.

Me atreví a contestar:

—¡He dicho que no! ¡Si continúa molestando le haré saltar esos dientes que tanto enseña!

El hombre acentuó la sonrisa y me dio un par de sonoras bofetadas. Una de ida y otra de vuelta.

Entonces vi una cortina roja ante los ojos. Noté que me sangraba la nariz. Tensé los músculos y me dispuse a saltar sobre él. No pensé en que descubriría a la mujer. Pero me lo recordó ella misma. Una mano firme y diminuta se oprimió al brazo izquierdo, conteniéndome.

Me quedé inmóvil.

Miré al otro hombre y a la mujer del impermeable.

Estaban impasibles, como si aquello no les interesase.

Llegó hasta mi nublada razón el sentido de un peligro mortal que solo la astucia podría evitar.

Por eso, haciendo un enorme esfuerzo de voluntad, escogí para mí rostro la más humilde de las pocas expresiones de esa clase que poseo, y dije:

—¡Por Dios, señor!... ¡Déjenos tranquilos! No comprendo su capricho y me pone en un aprieto grave. Esta mujer... ¿No se dan cuenta? ¿O es que les envía su marido? Yo les daré una buena propina si no le dicen nada... ¿Cuánto quieren ustedes?

Los dos hombres se me quedaron mirando. En medio del silencio se oía llorar a la mujer de mi espalda.

Ellos dudaban.

Yo, apoyado en el llanto que surgía detrás de mí, insistía suplicante:

—¡Por favor, señores!... Nos queremos... No nos importa la muerte, pero si nos separan será como destruirnos... Por favor. No se lo digan. Yo puedo agradecerles...

Me callé.

Ellos seguían mirándome... El individuo sonriente se agitó con un extraño temblor.

Pronto me di cuenta de que se estaba riendo. El otro le imitó con carcajadas sin ruido. Hubo un intercambio de miradas entre los dos hombres y la rubia, que continuaba impasible...

La escultura se me acercó con un movimiento felino.

Su rostro estaba muy cerca del mío, y sus ojos se me clavaban en las pupilas. Sentí un perfume sutil que no supe identificar. Hice cuanto pude por mantenerme en la actitud de simpleza que, por primera vez ante una mujer, no era un truco de conquista.

Pero surtió efecto en ella mí... ¡Bueno! Digamos que produjo efecto. No es que la rubia alterase con ningún matiz admirativo su impasibilidad.

Se limitó a susurrar:

—¡Pobrecito amante desgraciado! Además de sufrir tu amor imposible, aún te pegan...

Se apartó un poco y añadió, sin ninguna inflexión en la voz:

—¡Te convendrá callar todo esto!

La escultura se alejó despacio, sin decir una sola palabra a sus acompañantes. Estos volvieron a reír.

El hombre sonriente me dio una palmada en un hombro y ambos siguieron a la mujer, calle abajo, lentamente...

Me volví.

En el rostro de la joven oculta en el rincón del quicio no había lágrimas. Por primera vez me fijé bien en ella. También era esbelta y bonita. Una linda boca y una larga y ondulada cabellera negra que caía por su espalda.

Sus pupilas eran de un azul muy oscuro, con destellos acerados que le daban aspecto decidido y voluntarioso. Pero, observándola mejor, se advertía en ella un espíritu angustiado. No dudé que algún terrible problema la preocupaba.

No tendría más de veinticinco años.

Creí oportuno sonreír para poner en juego mis atractivos.

—¿Me porté bien? —pregunté—. ¿O hubiera preferido que cumpliera con ese individuo mis amenazas odontológicas?

—No, no. Se hubiese estropeado todo.

—También usted supo colaborar. No lloraba, ¿verdad?

—No...

—Vámonos de aquí. Quiero que me diga quiénes son esos alegres muchachos que acaban de irse.

—¿Por qué? ¿Le gustó la rubia? —ella hablaba mirando por encima de mi hombro hacia los que se alejaban.

—No se trata de eso —dije—. ¿De qué es esa esfinge? ¿De hielo?

—Es una serpiente —replicó.

—Recoja esa pistolita. No hace ya ninguna falta.

Ella recogió obedientemente el arma en el bolso y siguió mirándome. Tuve la intuición de que ahora pensaba huir de mí. Para tranquilizarla, le dije:

—En ningún momento he pensado traicionarla.

—Lo creo ahora. Pero no podía confiar...

—Tenemos que alejarnos. ¿Aún están ahí?

Ella miró de nuevo por encima de mi hombro y asintió con un

movimiento de cabeza.

—Están parados en la puerta de salida del cine. Parece que hablan con el portero —explicó—. Deben de creer que me he refugiado en alguna casa de esta calle. Saben que no he tenido tiempo de recorrerla toda. No se irán.

—Entonces —bromeé—, puesto que tenemos tiempo, déjeme decirle lo bonita que es.

Se endureció su mirada y pareció penetrarme con un puñal de severidad. Yo, un poco escéptico respecto al significado de las miradas femeninas, aproximé el rostro al suyo. Pero ella se apartó bruscamente.

—No sea estúpido —dijo—. Se ha portado bien y ahora quiere estropearlo.

—Creí que mi comportamiento pudiera merecer un premio...

—¿Por quién me ha tomado?

—No he tenido tiempo de formar juicios —dije. Y me volví para mirar a la calleja. Uno de los hombres, con la escultura viviente, alejóse hacia la esquina y se quedó allí. El otro volvió a pasar cerca de nosotros, mirando con insistencia. Fue hasta el extremo opuesto, se detuvo, apoyóse en la pared y encendió un cigarrillo. Parecían dispuestos a vigilar la calle durante toda la vida. Sus siluetas casi se confundían con las sombras.

—Tenemos que irnos —repetí.

—Sí, pero, ¿cómo? Me conocerán si pasamos a su lado...

—Por la puerta del cine. Déjeme dirigir este asunto.

—Espere.

Sacó del bolso un pañuelito y me limpió la sangre que me había brotado de la nariz. Nada en aquella mujer tenía perfume. Desprendía un aroma de salud y limpieza, como de jabón de tocador.

De repente me sentí extraordinariamente optimista.

Todo aquello tenía el aspecto de una broma, de un juego divertido. Imaginé que se estaba rodando una escena de película y que muy pronto se oiría la voz del director dando por terminado el trabajo. Entonces me iría a bailar con aquellas dos chicas, en un salón lleno de luz y de risas.

El desconocimiento del peligro me producía una alegre inconsciencia. Pero me dolía la nariz, y el cerebro de aquella mujercita morena seguía pensando en la realidad.

—¿Qué vamos a hacer con el sombrero y el abrigo? No puedo ponérmelos, porque al verme con ellos comprenderían enseguida el truco que hemos empleado. Y lo mismo será si los llevo bajo el brazo.

—Habrás que dejarlos aquí —repuse—. ¿Le importa? No se preocupe. Mañana le compraré otros.

De nuevo me taladraron sus ojos con una mirada severa.

—No importa por lo que valgan. Yo misma me compraré otros. En nuestras relaciones no habrá mañana.

Hubo un torneo de pupilas entre ella y yo.

Me desafiaba.

Y, de repente, el pensamiento de que tal vez no volviera a ver a la valiente mujercita que estaba junto a mí, me llenó de tristeza. Hasta me irrité. La cogí con fuerza por los hombros y dije:

—¡Eso ya lo veremos! Ahora, vámonos de aquí.

Muy juntos, salimos del portal. Yo la abrazaba por la cintura para seguir la comedia y ocultarla todo lo posible.

El abrigo y el sombrero de la mujer quedaron en el rincón oscuro. Mientras caminábamos deprisa hasta la entrada del cine, vi que el hombre apoyado de la esquina se erguía y se volvía hacia nosotros.

III

EXTRAÑA MORALEJA

A

DONDE van? —preguntó el portero—. Las entradas se sacan en la otra calle y, además, la sesión está terminando.

—Hemos salido un momento para hacer un recado —expliqué—El portero nos dijo que podríamos volver a entrar.

—Vayan por dónde salieron. Por aquí no ha sido.

—Déjenos pasar, por favor —rogué. Y apoyé mi ruego mostrándole un billete. El portero dudó un instante. Miraba a la mujer, sin abrigo, en una noche tan fría...

—Hace un momento —susurró—, unos señores preguntaron si había visto...

La joven intervino rápidamente. Habló con rapidez, dirigiéndose primero a mí y luego al portero:

—¡Explícaselo ya, Marcel! No perdamos tiempo. Uno de aquellos hombres era mi marido. Si nos encuentra juntos, me matará. Está en la esquina de la calle. ¿Comprende ahora?

El hombre, como buen portero, tomó el billete que yo agitaba ante sus ojos. Encogiéndose de hombros, exclamó:

—Bueno. Allá ustedes... Pasen.

Corrimos escaleras arriba. Aquella entrada correspondía a las localidades del piso superior del cine.

Había dos o tres parejas lo suficientemente preocupadas de sí mismas para que nuestra llegada no distrajese su atención. La joven morena respiraba agitadamente y temblaba. Enlacé mi mano con la suya para tranquilizarla y porque me gustaba. Ella me respondió apretando con fuerza. Vigilaba la entrada en una nerviosa tensión.

—¿Era de verdad su marido? —pregunté.

—¡No sea bobo! Ha sido un truco. Todo esto es mucho más grave de lo que parece. Le advierto que, si esos hombres se dan cuenta de que usted me ayuda, le matarán. Creerán que usted sabe más de lo que conoce y no tendrán piedad.

Sus palabras sonaban con tal acento de verdad que me produjeron un desagradable frío interno. A pesar de todo intenté bromear:

—Pues conozco bien poco —dije—. Tan solo una mujercita deliciosa. Y... Me refiero a usted. No a esa esfinge rubia.

—No sea gracioso. Si sospechan de usted le será difícil escapar de ellos. Y no le dejarán hacer chistes.

—Ahora hemos escapado.

—No lo crea. Estarán al acecho. Quizá hayan encontrado mi abrigo.

No había pensado en aquella posibilidad. Casi di un salto en la butaca. No me agradaba en absoluto la idea de verme otra vez ante aquella faz de la sonrisa cruel... Y el recuerdo de la rubia me estremecía, aunque no de agrado precisamente.

La sesión estaba terminando. En la pantalla, una pareja de recién casados salía feliz de la iglesia, mientras se oía una triunfante marcha nupcial.

Inconscientemente me acordé de Violet Simpson —mi novia—, y sin saber por qué, al compararla con aquella chica que tenía al lado, la asocié con la imagen de un merengue. ¡Demonio! ¿Cómo no me había encontrado jamás con mujeres semejantes a la dinamita morena que tenía junto a mí? Y me las iba a encontrar ahora que Violet Simpson... Porque incluso la escultura rubia e impasible resultaba mucho más interesante que Violet.

—Vámonos —dijo la dinamita—. Al menos yo me voy. Le aconsejo, por su bien, que no me siga ya. Gracias por ayudarme.

—De ningún modo. Aún puede necesitarme.

—Pues vámonos. Hay que salir.

Había que salir pero, ¿por dónde? Al subir, no había visto ninguna comunicación con las localidades de los pisos inferiores.

—¡Andando! —exclamé levantándome y tirando de la joven. Ella me siguió, confiada y sumisa. En el pasillo, había un acomodador.

—Escuche —le dije en tono confidencial—. He visto un amigo en la sala de butacas y quiero saludarle. La película va a terminar y, si damos la vuelta, se me escapará. ¿No hay algún camino interior hasta la salida principal?

—Si no ve a su amigo ahora, vaya a su casa —contestó el acomodador—. Además, hay tiempo de dar la vuelta. Faltan cinco minutos de película. Aún tiene que morir el duque traidor...

Aquel hombre, con su calma, me sacaba de quicio.

Pero yo estaba dispuesto a salir por la puerta principal, costase lo que costase.

—Tengo también esta razón para usted —dije, enseñando otro billete.

El hombre miró el billete y, sin decidirse a tocarlo, se pasó la lengua por los labios y sonrió:

—Sí... —dijo dudando—. Eso convence mucho. Pero también hace sospechar... Es muy raro su empeño en salir por la puerta principal.

Estábamos perdiendo demasiado tiempo y recurrí al truco que ya habíamos empleado dos veces en pocos minutos. Me acerqué mucho a él y le dije en voz baja:

—Acierta usted. Ya veo que no puedo engañarle. En realidad vamos huyendo. ¿No lo comprende? No queremos que nos sorprendan juntos y... ¿eh?

Se amplió la sonrisa del acomodador y me hizo un guiño alegre y malicioso. Tomó el billete y, con un gesto, nos indicó que le siguiéramos.

Había un pasillo y una puerta cerrada a su final. La abrió y nos encontramos en la parte superior de una escalera. Aquel extremo del pasillo estaba en penumbra. Gracias a ello no nos vio el hombre de la terrible sonrisa que estaba subiendo por la otra escalera. Yo vi sus hombros y su cabeza.

Cogí del brazo a la mujer y la empujé hacia abajo apresuradamente.

—Cierre pronto —dije al acomodador—. Y gracias.

En cuanto nos vimos solos, la joven me dijo riendo:

—Oiga, ¿por qué no inventa otro truco? Estamos desgastando mucho ese de la aventura amorosa...

—Dese prisa —ordené, tirando de ella—. ¡Están arriba! Preguntarán al acomodador y pueden tener más billetes de banco.

Corrimos. Desembocamos en un pasillo lateral de la sala de butacas, junto al vestíbulo. Un instante después, estábamos en la calle y continuamos la carrera hasta una parada de taxis. Entramos en uno y le dije al chófer:

—Vaya hacia las afueras y denos un paseo por dónde quiera, hasta que yo le avise.

No le indiqué que corriera, para no despertar sospechas. Sin prisa, tras de asentir con un movimiento de cabeza, el conductor puso en marcha el coche.

Durante cinco o seis minutos, no nos enteramos de por dónde nos llevaba. Sólo estuvimos atentos a mirar por la ventanilla posterior, temerosos de que otro coche nos siguiera. Ni la mujer ni yo pronunciamos una sola palabra. Al fin, convencidos de que habíamos logrado burlar a los encantadores personajes de la calleja, nos pusimos cómodos y respiramos profundamente.

Me di cuenta de que estaba tan fatigado como si hubiésemos corrido varios kilómetros. La joven parecía más serena, pero su rostro, disminuida la expresión de angustia, era aún más atractivo. El coche rodaba lentamente

por un paseo tranquilo y casi desierto. Había copudos árboles en ambos lados del arroyo. Saqué un paquete de cigarrillos y le ofrecí uno a la mujer. Ella lo tomó en silencio, se inclinó para encender y aspiró profundamente el humo. Yo fumé también con ansiedad y murmuré, suspirando:

—¡Qué bien...! Parece que ha pasado un siglo desde que entré en aquella calleja con un cigarrillo en los labios.

Ella no replicó. Comprendí que estaba meditando algo, mientras daba la impresión de que solo se ocupaba de saborear el tabaco.

—¿Se ha quedado muda? Creo que ya podemos considerarla a salvo. Ya ve como sí es posible escapar de aquellos hombres.

—No crea nada —repuso al fin—. Son más listos de lo que usted supone. Tienen mucha experiencia en estas cosas y no se dejan engañar tan, fácilmente.

—¡Bueno! Lo que es ahora hemos sido mucho más listos que ellos. Yo no tengo ninguna experiencia de... estas cosas... ¡Escuche! Y, a propósito: ¿Cuáles son estas cosas?

—No se lo digo porque no puedo y... porque no le conviene. Cuanto menos sepa de lo que me ocurre, más tranquilo vivirá.

—Bien. Ya veo que quiere darse mucha importancia. Pero, al menos quizá tengo el derecho de saber cómo se llama usted.

—María —Mijo ella sin dudar. Y dándome otra vez el pañuelito, añadió burlona—. Tenga. Límpiase el carmín. El portero y el acomodador del cine se habrán reído, pero no tuve tiempo de advertirle.

Me limpié los labios despacio, y seguí preguntando:

—María... ¿qué?

—Ya tiene bastante. No volveremos a vernos. Voy a dejar el taxi.

—¡Espere! —supliqué, reteniéndola por el brazo—. Déjeme que la lleve hasta su casa.

—No. No me conviene. Ni le conviene a usted. Si supiera en qué peligro ha estado no sonreiría.

—¿En peligro de muerte?

—De algo peor —dijo lentamente.

—¿De algo...? Óigame, María. Razonemos. Yo era un buen chico que se retiraba temprano a descansar. Admito que aquellos tipos quisieran matarla sabe Dios por qué motivos. Pero a mí... ¿Por qué, si era la primera vez que nos habíamos visto?

—A mí no me hubieran asesinado aún. A usted, sí.

—¡Oh, muy bien! El Pobrecito joven que deseaba acostarse temprano... Y oiga: A mí nada me parece peor que la muerte. ¿Hay algo peor?

—La tortura. La tortura cruel, implacable, inexorablemente seguida de

la muerte —repuso María con voz temblorosa.

—¡Demonio! ¿Me quiere tomar el pelo?

—No. Sólo pretendo apartarme de usted Gracias por ayudarme.

Nos miramos unos segundos, en silencio. Luego tomé una de sus manos y le golpeé cariñosamente en el dorso, sonriendo para inspirarle confianza.

—No se enfade, María. Tampoco quiero obligarla a que me explique... todo. Pero me gustaría tener algo claro.

—Saben que alguien ha de entregarme algo que ellos necesitan. Me persiguen para sorprender el momento de la entrevista entre ese alguien y yo. Hubieran supuesto, al vernos juntos, que usted era ese alguien. Muertos o vivos, nuestros cuerpos hubiesen ido a parar dentro de un coche.

—¡Qué truculencia! ¡Bah! Como ni a usted ni a mí nos hubieran encontrado eso que usted espera, se hubieran convencido de mi poca importancia y...

—No se hubieran convencido. Lo torturarían horriblemente para hacerle confesar. Hubiese llegado a una espantosa muerte, sin convencerles de su inocencia. Ellos exigirían que les dijera lo que usted no puede saber.

—Dígamelo, pues, por si me cogen, a ver si me libro de un par de pellizcos por lo menos.

María calló, molesta por mí broma, y bajó la cabeza.

Quiso retirar la mano que yo tenía prisionera, pero yo se la retuve, me incliné hacia su rostro y dije despacio:

—Escuche, María... Sea comprensiva y reconozca que mi curiosidad es completamente natural. Sin embargo, quiero que sepa una cosa importante. No sé cuál es su problema, pero he visto aquel trío y la he visto a usted. Cualquiera que sea la causa de este drama en que yo intervengo sin saberme el papel, estoy seguro de que la razón está de parte de la encantadora María que tengo a mí lado.

La joven volvió hacia mí unos ojos cariñosos y emocionados, con lo que comprobé que el tono de mi discurso era el apropiado.

—Podría pensar cualquier disparate respecto a usted —continué—. Sin embargo, estoy plenamente convencido de que en su proceder hay un misterio noble y digno.

—¿Esa es la conclusión que ha obtenido? —preguntó María, poniendo más cariño y más emoción aún en sus pupilas.

—Esa y otra importante. La de que irse temprano a la cama es una perniciosa costumbre. Nunca lo hice antes. Y prometo no repetirlo jamás.

IV

VIOLET SIMPSON EN «OFF-SIDE»

M

ARIA, vencida por mí incorregible sentido del humor, sonrió diciendo:

—Gracias por la primera consecuencia. Lamento haberle llevado a la segunda. No tenía derecho a ponerle en tan peligrosa situación. Sin embargo, sepa que no lo hice solo por salvarme, sino por algo más importante que mi propia vida.

—Todo superlativo, ¿no? Peor que la muerte... Más importante que la vida... Todo son frases esta noche.

—Pero frases de absoluta realidad... Y... No podemos seguir hablando... Dejemos esto. No puedo explicar más. No puedo porque es un secreto que no me pertenece y por usted mismo.

—Óigame, María. Estamos en un país civilizado. ¿Por qué no pedir protección a la Policía...?

—¡Oh, no! ¡Eso no! —exclamó ella con espanto—. ¿Lo ve? ¿Ve cómo no puede entenderlo? Déjeme, por favor. Cada minuto que pasamos juntos es abandono de mi deber y es un grado más de peligro para usted.

—Y pasaré por otros mayores aún, con tal de seguir a tu lado. Haría cualquier cosa que me pidiera.

María bajó la cabeza y suspiró lastimeramente.

Su voz tuvo ahora un matiz de ternura que me conmovió.

—Es muy fácil decir «haré cualquier cosa por usted». Lo difícil es demostrarlo.

—Bien. Si no cree que lo haré, póngame a prueba.

—Sepa... —continuó con un tono de voz que mostraba claramente la emoción en su interior—. Sepa que me acordaré toda la vida de lo que ha hecho por mí. Y toda mi vida se lo agradeceré. Pero mi mejor recuerdo será para el favor que ahora voy a pedirle. Le tendré a prueba, como usted dice. Quiero que haga por mí lo que quizá sea para usted el trabajo más difícil, más duro y más ingrato de toda la noche. ¿Lo hará?

—Sí —contesté sin vacilar—. Se lo prometo.

Suspiró profundamente. Me di cuenta de que sufría. Pero, irguiéndose con un ademán decidido, suplicó rápidamente:

—Detenga el taxi, déjeme salir, quédese dentro y váyase.

La miré.

Estaba pálida y sus manos se crispaban contra las mías. En sus ojos había una mirada de súplica, tan angustiada, que me enterneció.

—Si —murmuré—. Me va a ser muy difícil... Pero usted... ¿lo quiere así de verdad?

—No. No quisiera eso... pero tiene que ser. No espero que me crea, pero, al pedirle que me deje marchar sin discusión y sin más preguntas, también yo paso el trabajo más difícil, más duro y más ingrato... no de toda la noche, sino de toda mi vida...

Sus ojos muy abiertos, me miraban fijamente y en su voz había un matiz solemne que me hizo pensar en los héroes que van hacia la muerte seguros de su final. Me sentí uno de esos héroes.

Sin desviar la mirada de aquellas pupilas que parecían haber perdido su acerado tono azul y tenían ahora suavidad de caricia, alcé la voz y ordené al chófer que se detuviera. Silenciosamente, abrí la portezuela. María salió despacio, sin dejar de mirarme. Advertí que le temblaban los labios y pensé en aquel penumbroso quicio detrás del cine...

Ya de pie en la acera, María observó a su alrededor. Había pocos transeúntes en aquel lugar.

Cerró la portezuela y, sin retirar la mano de la ventanilla, se inclinó para despedirse. Pero no dijo nada. Fui yo quien habló primero.

—Adiós, María. Me llamo Ronald Fisher. Soy inglés. En el hotel Irish, habitación 138, estaré esperando que me necesite de nuevo. No pienso salir de casa hasta no haber tenido noticias tuyas. Pídame cualquier esfuerzo, por peligroso que sea. Nada me resultará tan cruel como dejarla marchar así, sin saber si volveré a verla.

María no replicó.

Extendió el brazo y puso su mano pequeña, suave, tibia y fuerte sobre mi mejilla. Me acarició lentamente y sus dedos se hundieron en mi cabello como un cariñoso peine.

—Gracias —dijo en un susurro—. Pero esta despedida es para siempre. Cuando una persona se pone al servicio de los intereses de su país, tiene que dejar a un lado los sentimientos.

Se inclinó y me besó rápidamente en los labios.

Luego se alejó.

La estuve mirando hasta que desapareció por una bocacalle.

Di al conductor la dirección de mi hotel y el automóvil se puso en marcha. Ahora que ya no tenía remedio me insulté a mí mismo por haber perdido así a María. Me pareció imposible no verla ya nunca. Por primera vez una mujer me había enternecido tanto. ¿Podría ser este el amor? Me

parecía un peligroso síntoma. Pero en mi espíritu nació una inquebrantable decisión. Tenía que buscarla como fuese.

De repente, me acordé de que me quedaba poco tiempo. Violet Simpson estaría terminando los preparativos de su ajuar, las invitaciones, los detalles...

Pero, con una exclamación muy poco académica, arrojé al último rincón de mi mente la imagen de Violet. Lo único que tenía importancia para mí era verme de nuevo bajo aquella maravillosa mirada y sentirme otra vez acariciado por su mano.

V

MISTERIO EN QUINIENTOS DOLARES

C

UANDO me desperté al día siguiente, era ya muy tarde. Aquella noche había dormido mal. Soñé que el hombre de la sonrisa fría hundía larguísimos puñales en mi espalda, mientras yo protegía con mi cuerpo el de aquella mujercita morena. Y al abrir los ojos me di cuenta de algo que no había percibido junto a María. Ella, durante mi sueño, me repitió, una y otra vez, su despedida.

Me parecía recordar mejor la tonalidad de su voz y...

Sí.

Aquel acento tan atractivo no era puramente inglés, sino americano.

Pero también me di cuenta de que esto no iba a servirme de mucho para encontrar a María.

La única esperanza era que acudiese de nuevo a mí.

Y era una posibilidad muy remota. No obstante, tomé el aparato telefónico y pedí línea a la centralilla del hotel.

Había encontrado en el listín el número de un centro de información policíaco. Mientras esperaba la señal para marcar, recordé que María se horrorizó al mencionarle la Policía. Medité unos instantes y llegué a la siguiente conclusión, dirigida en voz alta al Ronald Fisher que estaba viendo en la luna del armario.

—¡Bah! Procuraré ser discreto y no causaré perjuicios a mí deliciosa atracadora.

Y, como la imagen del espejo intentaba decirme que tenía cara de tonto cansado, me volví de espaldas y marqué el número.

—¡Información! ¡Dígame! —exclamó una voz masculina, con amabilidad sorprendente. Y digo sorprendente, no por masculina, sino por oficina pública de información.

—Me llamo Ronald Fisher —y añadí enfáticamente—. Lord Fisher.

—Muy bien, sir.

—Soy inglés, ¿sabe?

—Lo suponía, sir —dijo la voz con un tonillo irónico.

Me sonrojé un poco pero, reconociendo mi torpeza continué humildemente.

—Verá... Necesito encontrar en París a una joven americana. Quisiera que me dijera a dónde debo dirigirme...

—¿Sabe su nombre?

—Sí. María.

—María, ¿qué?

—No sé más —contesté, ruborizándome de nuevo.

—Bueno. Algún otro dato. Cuándo ha venido... Dígame algo, por favor. ¿La conoce usted?

—Eso sí. La conocí ayer noche. Es morena, tiene ojos azules y unos veintidós años. Muy bonita, ¿sabe? Encantadora.

—¡Ah! Ya... Encantadora... Se llama María y es americana. ¿Cómo sabe todo eso?

—Unas cosas porque las noté yo... Ella me dijo el nombre.

—¡Ah! Ya. Se lo dijo ella...

Me di cuenta de que se estaba riendo a mí costa.

La voz continuó:

—En fin, sir. ¿Qué le ocurre? ¿Le robó?

—¿Robarme? No. ¡Nada de eso!

—Entonces, ¿por qué la busca?

—Verá... estaba en un apuro y era muy bonita...

El auricular vibró con varias interjecciones rotundas.

—¡Oiga! —exclamé—. ¿Qué está diciendo?

—Mire, sir: Cuando vuelva a Londres llame a la Policía y díglele lo mismo que me ha dicho a mí. Estoy seguro de que le darán más exclamaciones en perfecto inglés. Y, respecto a la joven bonita en apuros, diríjase a la embajada. Puede que no estuviera en apuros. Y hasta puede que no se llame María. Perdón, sir. Tengo mucho que hacer.

Me colgó el teléfono, pero no me indigné. Comprendí que el agente de información había sido demasiado prudente y que yo era un majadero.

Unos minutos después, tomé de nuevo el auricular y avisé a la centralilla del hotel que no saldría a la calle en todo el día y que no respondería a llamadas telefónicas si no eran de una mujer.

Y, recordando los conocimientos que había hecho desde mi llegada a la ciudad, hube de añadir que solo estaría presente en el hotel para la llamada de una mujer que se llamase María.

Aquella fue la jornada más tediosa de mi existencia.

Llegó la noche.

Cada minuto estaba más furioso conmigo misma. La primera vez que tenía a mí lado una mujer verdaderamente interesante, la dejaba escapar. Me pasé la tarde y parte de la noche mirando por la ventana de mi

habitación, esperando ver a María acercándose a la puerta del hotel. Desde mi cuarto veía los coches que se detenían ante la ventana principal.

Me ponía nervioso y me decepcionaba cada vez que alguno se paraba allí. El ajetreo callejero se fue apaciguando.

Los ruidos del hotel cesaron.

Era la una de la madrugada... Me tendí vestido sobre la cama.

Empecé a quedarme dormido... De repente, me puse en pie de un salto. Tras de unos pasos rápidos, cuyo ruido me llegó desde el pasillo, demostrándome la ligereza de mi sueño, alguien se detuvo ante mi cuarto y golpeó la puerta suavemente.

«María», pensé alborozado.

Y corrí hacia la entrada. Abrí de repente, con los brazos abiertos para recibir a la deliciosa dinamita morena, pero no era María. Un hombre delgado y pequeño se alejaba corriendo por el pasillo.

Apenas pude darme cuenta de los citados detalles personales.

De lo que sí estaba seguro es de que no era María.

Un nuevo ruido de pasos precipitados interrumpió mi perplejidad. Se oían por la escalera principal.

Repentinamente intuí en el fondo de mi espíritu una sensación de peligro. Recordé las advertencias de María. Y algo en mi interior me dijo que necesitaba tomar precauciones. Determiné, como primera medida, apagar la luz de la habitación, para que mi silueta no resaltase en el marco de la puerta.

Luego entorné la puerta y miré por la rendija.

El hombre pequeño había desaparecido, pero otros dos pasaron veloces ante mis ojos, corriendo como si persiguieran al primero. Unos segundos después, el conserje y un celador del hotel, a la misma velocidad que los anteriores, recorrieron el pasillo.

Todos habían seguido la misma dirección, oyéndoseles bajar en tropel por una escalera secundaria.

Intrigado por aquella competición pedestre, a hora tan extraña, y habiendo cesado repentinamente la animación en el pasillo, cerré la puerta y me asomé a la ventana con cautela.

Vi correr por la calle al individuo pequeño y delgado, seguido por los otros dos. Del hueco de un portal salió un cuarto personaje y, con algo oscuro que llevaba en la mano, dio un golpe en la cabeza al diminuto corredor. Este se dobló y, empujado por la inercia, fue a caer sobre el asfalto, unos metros más lejos.

Se oyó un silbato policíaco. Vi acercarse corriendo algunos de los escasos transeúntes de la calle y a los dos empleados del hotel. Pero nadie

pudo llegar a tiempo. Fue cuestión de unos segundos el hecho de que un automóvil avanzara ante el caído. Y el agresor y los dos perseguidores saltaron dentro del coche, arrastrando previamente al interior el cuerpo inmóvil del agredido.

El celador del hotel estuvo a punto de ser atropellado por el coche que se alejaba veloz.

A mis oídos llegó desde la calle el eco de una discusión rápida, de más silbatos de guardias, de excitados comentarios... Pero, unos minutos después, todo quedó en silencio y la calle volvió a la normalidad.

El que no volvía a la normalidad era yo. Porque no he contado todo lo que realmente vi en aquella escena. Casi inmediatamente de que el personaje del umbral surgiese de las sombras para golpear la cabeza del campeón pedestre, me di cuenta de que era una mujer. Un impermeable transparente y una cabellera rubia me hicieron conocer inmediatamente su personalidad.

No me cupo duda alguna de que la escultura impertérrita, conocida la noche anterior, estaba tomando parte en este nuevo festejo nocturno.

Y puesto ya en el terreno de conocer personajes, me fijé en uno de los hombres que arrastraron al pequeño corredor hasta dentro del coche. Sentí un estremecimiento al darme cuenta de que era el de aquella cruel sonrisa que con tan negros tintes se me había quedado grabada.

Me retiré de la ventana y me senté sobre el lecho.

Había que pensar.

Nunca como entonces ejercité mis facultades mentales. En realidad, este era un ejercicio que siempre me había molestado mucho.

Pero lo hice bastante bien y fui obteniendo las siguientes deducciones:

No cabía duda de que aquel rápido drama tenía alguna relación conmigo. Yo era uno de los personajes.

Esto estaba claro, puesto que el hombre chiquito había llamado a mi puerta. No podía ser este un hecho casual, y se relacionaba con la presencia de la esfinge rubia y del hombre sonriente.

¿Para qué había llamado a mi puerta? ¿Para pedir refugio? No, puesto que él siguió corriendo. ¿Para qué, entonces? ¿Me traía un mensaje?

¿Un mensaje de María? ¿Por qué no me le había dado? Tal vez los perseguidores se lo impedían.

Todo aquello presentaba el aspecto de ser continuación de mi aventura anterior.

Pero también deduje que los perseguidores del hombrecillo menudo no conocían mi estancia en el Irish.

Aunque quizá, si lo sabían, pudieran haber tenido más interés en la

persecución del fugitivo, que en una entrevista conmigo. Todo era oscuro y confuso.

Pensé preguntar al conserje qué había pasado. Encendí de nuevo la luz y fui hacia la puerta...

Antes de llegar me detuve perplejo delante de algo que no había visto hasta entonces. Era un sobre azul. Estaba en el suelo y claramente se deducía el camino seguido. Alguien lo había hecho pasar por la rendija inferior de la puerta.

Inmóvil ante el rectángulo azul que aparecía a mis pies, hice una nueva deducción rápida, consecuencia de las anteriores. Ahora ya sabía por qué el hombrecillo se detuvo ante mi puerta y llamó.

Su misión era entregarme aquel sobre Y, como no le daban tiempo para ponerlo en mi mano, lo había echado por debajo de la puerta.

Un paso más en la deducción me llevó a colegir que el mensajero no quería que los perseguidores me relacionasen con él.

Me incliné y recogí el sobre. Unos segundos estuve dándole vueltas entre las manos, no por los escrúpulos que todo inglés siente tan extraordinariamente cuando se trata de abrir una correspondencia que pudiera no ser para él, sino por miedo a dar un paso más hacia dentro de aquella tela de araña que me estaba envolviendo.

Sopesé la conveniencia de hacer la maleta y tomar el primer avión hacia Londres, después de haber arrojado el sobre por la ventana. Pero el recuerdo de aquella angustiada mujercita morena que la noche anterior me asaltara en la calle, impidió tal resolución.

Abrí el sobre. El contenido me dejó atónito.

Eran billetes de banco de diferente valor. Los conté.

—Quinientos dólares en total —dije murmurando—. ¿Por qué y para qué?

No eran billetes nuevos. Algunos de ellos estaban muy arrugados. ¿Quién me enviaba quinientos dólares? Pensé en alguna restitución por remordimiento de conciencia. Pero deseché inmediatamente la idea, por absurda.

—Sin embargo —pensé—, cuando se envía dinero, es para pagar algo. ¿Qué se me debe a mí?

Y, sobresaltado, indignado, sospeché de repente que aquello pudiera ser el pago de mis servicios a una bella mujercita morena. Iracundo y humillado, arrojé los billetes sobre la mesa, diciendo:

—¡Quinientos dólares...! ¡Pagarme a mí con eso...! ¿Por quién me ha tomado?

Paseaba nerviosamente. Pero, de pronto, me detuve y miré con fijeza

los billetes. Comprendí que era necesario pensar en ello. ¿Cómo iban a ser un regalo aquellos billetes? ¿Quién podía tomarse la molestia de enviarme tan mezquina cantidad, siendo la entrega tan difícil y peligrosa?

Si María pudo haber tenido la intención de humillarme de tal modo, le bastaba haberme enviado el dinero por correo.

Quizá el hombre diminuto era un vulgar carterista.

Había robado aquel dinero, y huyendo de la Policía, escogió el primer lugar que encontró a su paso, para desprenderse de lo hurtado, al sentir el peligro de una próxima captura.

En tal caso, sus perseguidores eran policías. Y si sus perseguidores eran policías, siendo también los personajes de quienes María y yo habíamos huido la noche anterior, me estaba enredando en apoyar a unos delincuentes. Recordé el temor de María cuando le sugería la conveniencia de solicitar una protección policíaca.

Pero la esfinge rubia y sus compañeros habían huido apresuradamente, en aquel coche negro que llevaba el cuerpo del raptado hombre diminuto cuando la Policía se aproximó a la puerta del hotel. Otra vez cambié de idea y volví a razonar sobre aquel extraño paquete de billetes.

¿Quizá todo era un episodio entre dos bandas rivales? Pero... ¿Por quinientos dólares?

Mi cerebro empezó a fatigarse. No. Los billetes no podían ser motivo para una lucha de dos bandas rivales. Al menos, por valor real. Y, si tenían otro significado, desconocido para mí, ¿a qué fin arrojarlos por debajo de la puerta de Ronald Fisher?

Dos hechos resaltaban entre todos los demás: El hombrecillo perseguido «había llamado precisamente a mí puerta». Y el valor de los billetes «no era suficiente» para exigir víctimas y raptos en automóvil. Alguien, pues, quería que yo guardase el sobre con el dinero o me enviaba un mensaje con él.

Los examiné uno por uno. Me acerqué a la luz y los fui poniendo entre la bombilla y mis ojos.

En los primeros no distinguí nada especial. Al tercero o cuarto, me detuve para mirar mejor.

Junto a una de las letras y sobre ella, creí descubrir un puntito. Observé atentamente y me temblaron las manos en cuanto me di cuenta de que aquella señal advertida era una realidad. Y había más puntitos sobre las letras, hechos con la punta muy afilada de un lápiz.

VI CITA

D

ESDE entonces, mis movimientos se hicieron impacientes y nerviosos. Repasé los billetes que ya había dejado aparte. Todos tenían puntitos sobre algunas letras. Tomé un papel y escribí todos los signos marcados. Tuve la esperanza sonriente de que fuera una esquila amorosa.

Pero el ininteligible jeroglífico que resultó y el recuerdo de las circunstancias, hicieron que me decepcionase enseguida. Sin embargo, aquellas letras tenían que significar algo forzosamente.

Hice un esfuerzo por serenarme y probé otro procedimiento.

La numeración de los billetes no era correlativa, naturalmente, puesto que no eran del mismo valor. Pero los ordené por números y series, de mayor a menor. Volví a escribir las letras en el nuevo orden y... di un salto de alegría. El resultado eran los nombres de cuatro ciudades polacas y de tres alemanas, seguidos cada uno de otros tantos apellidos de las mismas nacionalidades. Luego, unas palabras en alemán que, traducidas, decían así: «DISPUESTOS UNO DE ABRIL».

—¡Demonio! —exclamé casi en voz alta—. Me parece que me he metido en un lío de espionaje.

Comprendí que era necesario tomar decisiones rápidas.

En cuanto aquellos hombres descubrieran que el diminuto campeón pedestre no tenía el mensaje sobre sí, empezarían a buscar los posibles lugares en que hubiera podido desprenderse de él.

Lo primero que se me ocurrió fue cambiarme de domicilio. Pero hacer esto tenía un riesgo. Si yo había decidido continuar dentro de la aventura, era solo con la esperanza de que la joven morena se pondría en relación conmigo otra vez para asegurarse de que estaban los billetes en mi poder.

Cambiando de domicilio, desaparecía tal posibilidad.

Sin embargo, era necesario abandonar el hotel.

Hice rápidamente la maleta, recogí los billetes en el sobre y los puse en el bolsillo interior de la americana. Me arreglé un poco y bajé al vestíbulo.

El conserje me miró con ojos de extrañeza al verme aparecer con el equipaje a una hora tan intempestiva.

—¿Se marcha, señor?

—Sí. Le diré por qué. Tengo los nervios muy alterados. Padezco un poco del corazón, ¿sabe? Esta noche han ocurrido cosas que me han sobresaltado. Persecución por los pasillos, raptos en automóviles, policías... Yo no puedo resistirlo.

—Lo lamento, señor —dijo el conserje, atragantándose con las palabras—. ¿Quiere que le prepare la cuenta?

—Sí. Hágalo de prisa. Y llame también a un taxi.

El conserje efectuó rápidamente lo que le pedía.

Pagué la factura y me dispuse a marchar. Pero, como si algo se me ocurriese de momento, y sin darle mucha importancia, le dije:

—Es posible que me telefonee o venga a visitarme una mujer. Quiero que usted sepa mi nuevo domicilio. Me voy al hotel King's. Solamente en el caso de que pregunte por mí una mujer cuyo nombre sea María, podrá usted dar esta dirección. ¿Lo recordará bien?

Mi pregunta fue acompañada por una hermosa propina.

El conserje me miró con ojos maliciosos, en los que a la vez se leía una absoluta incompreensión y contestó:

—Esté seguro de que lo recordaré. Se lo haré saber también al gerente, para que no haya equivocaciones cuando me releven.

Me acompañó hasta la puerta. El taxi esperaba ya al pie de las cuatro escaleras de la majestuosa entrada.

Decididamente, entré en el vehículo y le ordené que me condujera al hotel King's.

* * *

Media hora después, me disponía de nuevo a meterme en la cama, ahora ya en una habitación del King's.

Antes de apagar la luz, medité un instante sobre cuál sería el lugar más oportuno para esconder los billetes recibidos de un modo tan extraño. Al fin, me decidí por el sitio más socorrido.

Los puse debajo de la almohada. Durante mucho rato esperé que el teléfono de la mesilla sonase. Pero no lo hizo y, al amanecer, me quedé dormido. Había que esperar, porque, cuando pedí habitación y me inscribí en el libro de registro, añadí la advertencia de que solo se me llamaría en el caso de que preguntase por mí una mujer cuyo nombre fuese María.

Me desperté muy tarde, después de que hubiera empezado a servirse la comida a los demás huéspedes.

Al darme cuenta de que otro día pasaba sin noticias de aquella mujercita morena, me entristecí. Pero continué decidido a no abandonar el

hotel, mientras no tuviese nuevas noticias.

Tenía que haberlas indudablemente. El sobre con los billetes estaba en mi bolsillo, guardando su secreto. Alguien tenía que hacerse cargo de aquel mensaje o indicarme qué había de hacer con él. Y yo confiaba en que ese alguien fuese María.

Me hice servir la comida en la habitación. Después envié al botones para que me trajese un libro con que entretenerme. Pero, aún no había llegado a la mitad del prólogo, cuando sonó el teléfono. Lancé el libro por los aires y me puse en pie de un salto, quedándome inmóvil, contemplando aquella tortuga negra que desde la mesilla vociferaba con su agudo tono.

Me acerqué y cogí el aparato con mano temblorosa.

Pronuncié una palabra oscura y tímida. Inmediatamente la voz delicada y emocionada de María llegó hasta mi oído.

—¡María! ¡Estaba seguro! ¡Llevo dos días esperando este momento!

—Lo sé, lo sé... Pero no hay tiempo ahora para saludos. Es usted un imprudente y corre peligro.

—¿Imprudente? No, no. He obrado con una prudencia extraordinaria. Déjeme que se lo cuente y me dará la razón.

—No hace falta que me explique nada —me interrumpió María—. Ya me he dado cuenta de lo que ha hecho. Pero procedamos con orden. En primer lugar, dígame: ¿Tiene usted el sobre?

—Sí. Lo tengo.

—¿El hombre que se lo entregó le dio las instrucciones?

—¿Instrucciones...? ¡Oiga, María! Me parece que usted no sabe nada de lo que ha ocurrido. Ahora comprendo que me haya llamado imprudente. Aquel hombre no tuvo tiempo de hablarme. Lanzó el sobre por debajo de la puerta de mi habitación, dio unos golpes para que yo me diese cuenta y siguió corriendo desesperadamente. Le perseguían.

—¿Le perseguían? —dijo con una clara nota de alarma en la voz—. ¿Quién le perseguía?

—Nuestros amigos... El hombre de la sonrisa cruel y la esfinge rubia. Por eso comprendí que era usted quien me enviaba el sobre.

—Y por eso no ha seguido usted mis instrucciones. Aquel hombre tenía que decirle. Pero eso no importa ahora. El caso es que se halla usted en peligro. Ese sobre contiene algo más importante que el dinero.

—Lo sé, María.

—¿Lo sabe? ¡Dios mío! ¿Quién Se lo ha dicho?

—Mi poderosa inteligencia —contesté con tono irónico—. Ya tendremos tiempo de hablar con más tranquilidad y le explicaré los razonamientos que hice hasta desembocar en el secreto de los billetes.

Confíese que no me creía tan perspicaz, ¿eh?

—Estoy admirada. Y también estoy asustada.

—¿Desconfía de mí?

—No. Si así fuera, no hubiera recurrido a usted para guardar el mensaje. Estoy asustada porque temo haberle enredado excesivamente en este asunto tan peligroso. Repito que ha procedido usted imprudentemente. El recado que dejó en la gerencia del hotel Irish puede servir para cualquier otra persona que no sea yo, pero que también tenga interés en perseguirle.

—Por eso no se preocupe. ¿Cómo van a relacionarme con usted y con su problema?

—Es que... aquel hombre que le llevó el sobre azul ha desaparecido. Puede cometer alguna torpeza, si intenta encontrarse de nuevo con usted, hallándose esa gente sobre su pista.

—Pero eso no ocurrirá. Desde la ventana del hotel Irish, vi como nuestra cariñosa amiguita le daba un buen golpe en la cabeza y se lo llevaban luego en un coche negro.

Llegó hasta mi tímpano una exclamación de terror.

Durante unos instantes, María permaneció muda. Pero yo la oía lamentarse con una monótona repetición de: «Dios mío, Dios mío, Dios mío...»

—¿Qué le ocurre? —pregunté—. ¿Le duele algo?

—No lo tome a broma. Aquel hombre habrá muerto a estas horas seguramente. Pero, como él dejó su mensaje en el cuarto que usted ocupaba los otros estarán buscándole por todos los lugares que recorrió durante la persecución. Al no encontrarle el sobre encima... ¡Mire, Ronald! No hay tiempo para explicaciones. Esa gente es muy lista. Ya se lo dije. Extraordinariamente lista. Darán con usted. Váyase inmediatamente del hotel y llévese su equipaje porque no volverá. Déjelo en cualquier parte por ahí, asegúrese de que nadie le sigue, métase en un cine hasta que se haga de noche y venga a encontrarse conmigo. Plaza de l'Etoile. Junto al Metro.

—¿A qué hora?

—Cuanto más tarde, mejor. Pongamos a las doce de la noche.

—¿Y quiere que me esté en el cine hasta esa hora?

—En el cine o paseando por dónde usted quiera, pero asegúrese de que nadie le sigue. Yo también tengo que asegurarme de eso. El sobre azul está más seguro en sus manos que en las mías, puesto que a usted no le conocen aún.

—Le confieso que me gustaría más ir al cine con usted. La otra noche no tuve tiempo de saborear su compañía.

—No puede ser... Crea usted que no puede ser. Al menos por el

momento.

—¡Bravo! ¡Eso ya es una esperanza! Siempre que no vuelva a pedirme esta noche una nueva separación sin posibilidades de futuras entrevistas.

—Creo que eso no será posible ya. Le he enredado en la aventura mucho más de lo que yo creía.

—No puede imaginarse cuánto se lo agradezco, María. Yo...

—Adiós —cortó ella—. Y, ahora, Ronald, por favor... tenga cuidado. Se lo suplico.

—No se preocupe. Guardaré el sobre a costa de cualquier cosa.

—No lo digo solo por el sobre, lo digo por usted también. Por su propia persona, Ronald, tenga cuidado...

—Puede estar segura de que lo tendré. Me interesa mucho conservar la vida. ¿No cree que tenga instinto de conservación?

—No estoy muy segura de ello. Pero, si le digo que conserve su vida, es porque yo también deseo que la conserve.

En las palabras de María advertí una nota de emoción que me entusiasmó. Pero nada nuevo pude argüir, porque había colgado el teléfono.

VII

MALTRATO A UNA ESCULTURA

U

N bullir de sentimientos me inundó. Mientras hablaba con María, estaba tan emocionado que no supe medir bien el alcance de sus palabras. La voz de la joven morena me acariciaba el oído y no me permitía razonar con suficiente claridad. Sólo había estado atento a percibir los matices de sus frases y de su tono. Y acabé convencido de que ella sentía un interés especial por mí. No me daba cuenta entonces de que podía estar dejándome engañar por una aventurera sin escrúpulos que pretendiera usarme como instrumento para sus problemas.

Con María, todo mi escepticismo adquirido en un azaroso camino experimental desapareció. Estoy seguro de que la hubiera creído, incluso si me hubiese dicho que procedía del planeta Marte.

Pero, unos minutos después de colgar el teléfono, sentí como si una brisa fresca ventilase mi cerebro.

No en el sentido de adquirir escepticismos respecto a María, sino en el serenarme para meditar sobre las circunstancias de peligro. Ignoraba cómo serían capaces el hombre de la sonrisa cruel y la esfinge rubia de averiguar mi paradero. Pero los temores de María se me contagiaron.

Me dispuse a ser prevenido.

Aprendí de memoria los nombres, las ciudades y las fechas que había apuntadas en un papel cuando descubrí el secreto de los billetes de banco.

Luego, destruí la cuartilla. La quemé. Entonces saqué de su sobre los billetes marcados y los puse en otro nuevo, también azul, que pedí a un camarero. Lo cerré. Escribí en el mi nombre y la dirección del King's. Salí a la calle, lo franqueé para el interior y lo deposité en la primera estafeta que pude encontrar. Luego metí unos billetes míos en el sobre del mensaje y me lo guardé en el bolsillo. Regresé al hotel.

Me consideré muy astuto. Entonces, suspirando más ampliamente por creermelo libre de toda preocupación, decidí cumplir las instrucciones que María me diera. Puse mi maleta sobre la cama y la llené rápidamente con las prendas que había llevado. Recordé entonces que el grueso de mi equipaje aún estaba en el Irish. Pero no me preocupé por ello en aquel momento. Más tarde tendría tiempo para tales detalles. Me puse el abrigo,

empuñé la maleta, me dirigí hacia la puerta y la abrí confiadamente.

Durante unos segundos se me nubló la razón, me temblaron las piernas y se me erizaron los cabellos.

La sorpresa fue tan grande que me paralizó los pensamientos.

Al abrir la puerta encontré a una mujer que estaba a punto de llamar. Era la esfinge rubia. Mi primer impulso fue huir, dándole un empujón.

Pero, gracias a que miré antes a derecha e izquierda, no cometí un grave error.

A los lados de la puerta, en el pasillo, separados unos veinte metros entre sí, estaban también los dos hombres que me abordaron en la calleja oscura.

El de la derecha era aquel espantoso personaje, con la misma cara sonriente.

Mi rostro debió de expresar sin disimulo alguno todos los sentimientos de asombro y de terror que me asaltaron, porque la esfinge permitió que sus labios iniciaran un esbozo de sonrisa.

A pesar de mi terror, hube de reconocer que la feminidad de aquella mujer era diabólicamente turbadora. Iba vestida con una escandalosa ligereza.

Al brazo izquierdo, cuya mano apoyaba indolentemente en la cadera, llevaba colgado un abrigo de entretiempo. De su mano derecha colgaba un bolso, muy pesadamente, sin duda por contener un revólver.

La lisa melena rubia seguía tapándole medio rostro. Las pupilas grises se clavaban en mí con agudeza de frío acero cruel. Fue una larga pausa. Haciendo un esfuerzo terrible conseguí dominarme y volví a mirar hacia los lados del pasillo. Los dos personajes permanecían inmóviles, observándome fijamente. Y, como aquella noche en la calleja del cine, sus manos derechas empuñaban algo, firmemente, en los bolsillos de sus abrigos.

La escultura rubia salió al fin de su impasibilidad y me dijo con un tono que, aun queriendo ser irónico, penetró hasta mi espíritu como si fuese un estilete de hierro.

—Parece absurdo que un inglés sea tan incorrecto. Una dama que iba a llamar a su puerta sigue en pie y no la invita a entrar y a sentarse.

El sonido de una voz, aun tan frío como el de aquella mujer, consiguió serenarme un poco. La miré fijamente a los ojos y contesté:

—Lo siento, señorita escultura. No puedo invitarla. Esta ya no es mi habitación, porque me marché del hotel. Déme su teléfono y le comunicaré mi nueva dirección, cuando la tenga.

Nadie se inmutó por mí mal conseguido tono de burla.

Hubo otra pausa. Luego, el hombre de la sonrisa cruel dijo lentamente:

—No se preocupe. En este hotel son muy generosos y no le cobrarán nada porque tenga la habitación un rato más. La señorita quiere decir algo. Déjela pasar, a no ser que prefiera nuestra visita.

La esfinge se adelantó, me apartó a un lado y penetró en la habitación caminando como un gato.

Sentóse en uno de los sillones, sacó un cigarrillo, lo encendió sin prisa, guardó el encendedor en el bolso y dejó este abierto sobre el regazo.

El disimulo de aquella maniobra no me pasó inadvertido.

—Acércate, cariño —dijo en un tono que, por ser burlón, no resultaba menos helado—. Cierra la puerta. Puedes estar seguro de que mis amigos no escucharán ni mirarán por el ojo de la cerradura. Son muy discretos. Si se quedan ahí fuera, no es porque piensen que puedes hacerme ningún daño... Tampoco yo lo creo. Al contrario, estoy segura de que has de ser de un trato encantador.

—¿Para qué se quedan entonces ahí fuera tus amigos, escultura? —pregunté.

—Por si tuvieras demasiado interés en abandonar el hotel.

Medité unos instantes sobre la situación. Comprendí que no me era posible escapar. Aquellos hombres del pasillo parecían muy seguros de sí mismos.

Indudablemente ellos ya habían estudiado las posibilidades de huida, en caso de tener que disparar sobre mí. Mirándoles una vez más, llegué al convencimiento de que cualquier ademán de fuga significaría la muerte. Por primera vez en mi vida me veía en ocasión de elegir entre un balazo o una conversación a solas con la encantadora mujer. Con algo burlón en las pupilas, esperando que me decidiera, me miraban interrogativamente los fríos, grises y hermosos ojos de la esfinge.

Lancé la maleta a un rincón del cuarto, cerré de golpe la puerta y me quedé a solas con la escultura de mármol. Mi expresión debía de ser entonces dura, irritada y amenazadora. Al menos, así quería yo aparecer. Pero no le causé la menor sensación.

—¿Qué te pasa? —me preguntó—. ¿No te sientas?

—¡Dime lo que desees y no me hagas perder tiempo!

—Te ruego que te sientes. Estarás más cómodo —me dijo con tal acento de mando, que me obligó a obedecerla sin darme cuenta de lo que hacía.

Me senté en la silla más próxima a la puerta. Ella estaba al fondo de la habitación, cómodamente sentada en la butaca, junto a la ventana.

—¿Ahí tan lejos? No es posible establecer ninguna amistad entre dos

personas tan distantes una de otra.

—No tengo el menor interés en establecer amistad contigo, preciosa. Lo que deseo es terminar cuanto antes la entrevista.

Ella miró pensativamente el bolso, jugueteó con el cierre, hizo una pausa, y dijo despacio:

—Me parece que ya imaginas lo que pretendo decirte. El hecho de que nos hayas obedecido me demuestra que sabes quiénes somos, qué es lo que queremos y el peligro en que te encuentras. No es necesario, pues, que hagas ningún esfuerzo para disimular. ¿Te das cuenta?

—¡De lo único que me doy cuenta es de que me estáis molestando! —exclamé furibundo—. Tengo prisa. Ya te lo he dicho.

Ella me miró con una expresión que podía parecer picaresca. Diríase que intentaba coquetear conmigo, pero claramente advertía yo la terrible amenaza que sus palabras encerraban:

—Bien seguro puedes estar de que se te han acabado todas las prisas en este mundo. Ya es hora de que descanses.

—No lo comprendo.

—Sí. Acércate.

Del mismo modo que antes la había obedecido sentándome involuntariamente, hice ahora lo que me ordenaba y fui a instalarme en un sofá que al lado de la ventana había, junto a la esfinge rubia. Ella cambió de sitio y sentóse a mí lado...

—Lo mejor será que me presente —dijo—. Ya sé que a los ingleses les molesta hablar con personas desconocidas. Es una de sus principales manías esta de las presentaciones. Me llamo Irina. Bueno. Así me llaman todos. Yo sé que tú eres lord Fisher.

El cambio de asiento me había dado tiempo para serenarme más. Empecé a seguirle la conversación, mientras mi cerebro fabricaba rápidamente planes disparatados.

—¿Cómo sabes tantas cosas de mí?

—Te explicaré algo, para que te des cuenta de que nada puede pasármelo por alto y de que ninguna esperanza de evasión te queda. Sabemos que has recibido un mensaje. No. No pongas esa cara, el hombre que te lo tenía que entregar no ha revelado tu nombre. Pero cayó en nuestras manos y no llevaba encima lo que esperábamos que llevase. Los únicos momentos en que estuvo fuera de nuestra vigilancia mientras le perseguíamos, fueron aquellos en que recorrió los pasillos del hotel Irish. Averiguamos quiénes eran los huéspedes del hotel. Lo hice yo misma. El conserje era extraordinariamente simpático. Le... debí de gustar mucho. Cuando me preguntó mi nombre, tuve la ocurrencia de decirle que me

llamaba María. Le faltó tiempo para explicarme lo que tú habías hecho esta madrugada, y para darme tu nueva dirección.

—¡Qué estúpido! —murmuré.

—¿Quién? ¿El conserje o tú? Porque, a las instrucciones que dejaste en el hotel Irish, debiste añadir que María era morena. No sirves para estas cosas. Pero no comprendo por qué te enfadas tanto. Debía resultarte agradable que una mujer como yo se tomase tantas molestias para celebrar una entrevista contigo.

—Bien —dije—. Dime qué quieres de mí. Creo que ya hemos hablado bastante. Tus amigos del pasillo se impacientarán.

—¡Oh! No te preocupes. Esperarán todo lo que haga falta. Tienen mucha confianza en mí. Y, respecto a tu pregunta, te diré que es muy extraña. ¿Aún no sabes lo que quiero?

—Temo por tu reputación, escultura —dije intentando ser burlón—. ¿Qué pensará quien sepa que estás conmigo a solas?

—Sí, ¿verdad? —repuso ella, sin expresión pero con una chispa en las pupilas—. ¡Qué horror!...

—Tranquilízate. Diré que eres taquígrafa y te he llamado para dictarte unas cartas.

—Basta de bromas. Me gusta mucho el dinero —dijo ella—. Sé que has recibido un sobre con billetes. Dámelos.

Yo no contesté. Continuaba fabricando planes.

Irina se inclinó hacia mí. Yo fingí ponerme nervioso y me levanté con falsa sonrisa, adoptando una actitud de galanteador.

—¡Eres maravillosa, Irina! ¿Qué harás si te doy esos billetes?

—Dámelos primero y discutiremos después.

—¿Y si no te los doy?

—Lo sentiría. Esos dos hombres que esperan en el pasillo entrarían a buscarlos.

—Pero pudieran no encofrarlos.

—Entonces, lo sentiría más aún. Te harían ir con ellos a una desagradable fiesta que te recordaría mucho las de los indios americanos con un prisionero en el poste del tormento.

—De acuerdo, Irina. Te daré el sobre con los billetes. Pero me has de prometer una cosa. Esta noche cenarás conmigo y luego iremos a bailar en algún sitio alegre.

Ella me miró impasible. Claramente me di cuenta de que Irina intentaba penetrar en mis pensamientos.

—¿Me lo prometes? —insistí, fingiéndome totalmente irresponsable por la influencia de una avasalladora pasión.

—Te lo prometo —repuso Irina, en un tono que lo mismo pudiera significar amor volcánico que amenaza de muerte.

—Te daré el sobre y los billetes. Pero tú harás que se vayan esos hombres del pasillo y te quedarás conmigo, ¿verdad?

—Sí, lo haré.

Pudiera pensarse que mi proyecto era entregarle aquel sobre que había llenado con billetes de mi propiedad y que no tenían marca alguna.

Confieso que ese fue mi proyecto inicial. Pero era totalmente absurdo. Bien seguro estaba yo de lo que ocurriría. En cuanto ellos se asegurasen de que el sobre estaba en mi poder, me obligarían a seguirles. Como aquel hombrecillo que golpeara mi puerta en el hotel Irish, yo sería introducido en un coche grande y negro, transportado a sabe Dios qué calabozo de torturas. Allí se examinarían los billetes. Daríanse cuenta del engaño y empezarían la fiesta de que Irina acababa de hablarme. Era necesario un proyecto más decisivo.

Me acerqué a ella y me arrodillé casi, a sus plantas, diciendo embelesado.

—María me dijo que eras peligrosa. Pero yo no lo creo así. En realidad he pensado que no deben importarme vuestros problemas y que no tengo que entrometerme en vuestros planes. Voy a entregarte ese sobre, para que me excluyáis de esta aventura y me dejes empezar otra contigo. Tú sí que eres peligrosa. Pero en el sentido de que me has trastornado por completo.

Me miraba con un gesto de extrañeza. Algo veía en mí que ponía alarma en su espíritu, si es que lo tenía. Tanto, que me dijo:

—Ten cuidado, Ronald. Eres un chico muy guapo y lamentaría mucho que cometieras alguna torpeza.

—También yo lo lamentaría... Pero no quiero que sigas desconfiando. Voy a darte el sobre.

Suspiré profundamente y me decidí. Con un movimiento rapidísimo, me puse en pie, descargando con todas mis fuerzas un puño cerrado contra la barbilla de Irina.

La esfinge rubia pronunció un apagado gemido y quedó inmóvil contra el respaldo.

—Lo siento mucho, encanto —murmuré—. Pero no tenía más remedio.

A partir de aquel instante actué a toda velocidad. Corrí el pestillo de la puerta, con la mayor suavidad posible. Até mi pañuelo como una mordaza a la cabeza de Irina. Arranqué un cortinaje y le sujeté las manos y los pies. Deshice la cama, por el procedimiento de tirar de las sábanas. Las anudé por los extremos y fabriqué una cuerda a la que hube de añadir la colcha.

Bien sabía yo que estaba en un cuarto piso y que no podía saltar hasta la

calle sin destrozarme contra el pavimento. Tampoco aquella cuerda provisional era lo suficientemente larga para descender por ella. Pero mi resolución era otra.

Abrí la ventana, procurando no hacer ruido y até una punta de sábana al pequeño pretil de hierro que había en su alféizar. Lancé la cuerda al espacio, me encaramé a la ventana y empecé a descender. En aquel momento oí que el pestillo de la puerta saltaba en pedazos al brutal empuje que se hacía desde el corredor.

Pero no me entretuve a mirar. Seguí descendiendo lo más rápidamente posible. Como suponía, al final de mi improvisada cuerda estaba a la altura de la otra ventana del piso inferior. Di un puntapié a los cristales, introduje la mano y descorrí la falleba. De un salto entre en la habitación.

La puerta estaba cerrada con pestillo. Lo descorrí y me encontré inmediatamente en un pasillo igual que el del cuarto piso. Unos instantes después descendía vertiginosamente por una escalera de servicio. Cuando llegué a la calle disminuí la velocidad y me puse a caminar normalmente. Por un momento temí que hubiese más amigos de la maltratada esfinge rubia. Pero nadie me molestó. La escalera de servicio me había llevado a una calle posterior a la fachada principal.

Las gentes que pasaban a mí lado ni siquiera se preocupaban de mí.

Dando un gran rodeo volví a un lugar desde el que pudiera observar la fachada principal del hotel.

Mientras lo hacía, recordé que, según suele decirse, los asesinos vuelven siempre al lugar del crimen. Algo parecido hacía yo, aunque no era un asesino. Estaba tan seguro de ello porque mi última mirada a Irina me descubrió sus ojos abiertos y su resignada contemplación de mi escapatoria.

Encontré un observatorio desde el que veía la fachada del hotel. Entonces pude comprobar el revuelo que mi actuación había organizado. Una multitud se congregaba ante el King's. Unos policías la contenían a duras penas al otro lado de la calle.

Delante de la puerta había un automóvil grande negro. Vi a mis dos enemigos y la esfinge rubia que salían del hotel, se introducían en el automóvil y se alejaban, mientras los policías apartaban a la gente para dejarles paso.

Esto me hizo sonreír.

Respiré satisfecho. Estaba a salvo para cumplir las órdenes de María.

VIII

UN TIPO SOSPECHOSO

N

UNCA he consentido que nadie sufriese perjuicios por mí culpa ni he dejado a deber nada jamás, ni creo haber robado cosa alguna. Entré en un restaurante pedí un sobre y escribí en él la dirección del King's. Puse dentro una cantidad que cubría sobradamente la cuenta que yo pudiera tener en el hotel y el pago de las sábanas y de la colcha. Con un botones, lo envié al gerente. Saldado este deber de conciencia, me dirigí hacia una parada de taxis.

Pero me detuve. Estaba a punto de olvidar los prudentes consejos de María. Así pues, me puse a la cola de una parada de autobús. Cuando llegó el primer coche, me quedé en tierra para asegurarme de que subían todos los que esperaban. Repetí la maniobra un par de veces más. Luego tomé un autobús y me apeé en la parada siguiente, cuando las puertas ya estaban a punto de cerrarse, como si hubiese obrado por una idea repentina.

Hice lo mismo con otros dos autobuses y me consideré a salvo de cualquier persecución.

Respiré profundamente. Vi al otro lado del arroyo el portal de un cine. Pero no entré en él. Aún me duraba la impresión admirativa que me produjera la presencia del hombre de la sonrisa, de la esfinge rubia y del aquel otro desconocido, en el King's. Bien clara estaba la sagacidad de aquellos tres individuos: y, como también persistía en mí, además de la impresión admirativa, otra de terror, continué siendo prudente. Cuanta más prudencia interpuesta entre la escultura de mármol y yo, más tranquilo me sentía. Otra vez deseé convertir la prudencia en kilómetros.

No entré, pues, en el cine, y tomé un taxi que me condujo a otro sitio lejano, escogido al azar. Luego caminé un rato por las calles. Entonces, cansado, entré en el primer cine que se me presentó al paso y me dejé caer en la butaca que el foco luminoso de una linterna de bolsillo me señalaba.

A mi lado había una joven. En la penumbra, pude apreciar que era bonita. Pero confieso que estaba tan extraordinariamente rendido que no me consideraba capaz de interesarme por ella. Aquella tarde había sido algo extraordinario en mi vida.

No pude decir cuál era el título de la producción ni recuerdo ninguna

escena de las que aparecieron en la pantalla. Creo que me quedé dormido inmediatamente.

* * *

Cuando desperté, la sala estaba casi vacía. Ni qué decir tiene que la joven había desaparecido de mi lado. Sonreía, pensando que indudablemente aquella mujer debió de haberse llevado una profunda decepción, al ver que el apuesto muchacho que a su lado se sentaba se había dormido inmediatamente, sin apreciar sus encantos. Bueno... Y he dicho al principio de estas memorias que soy un poco vanidoso.

De repente, recordé la cita con María. La sala estaba a oscuras y la proyección continuaba, quizá por segunda vez desde que yo entrase. Ayudado con la luz de mi encendedor, miré al reloj. Eran las once y media. Di un salto y recorrí apresuradamente el pasillo hacia la salida. En la puerta, pregunté a un acomodador dónde estaba el lugar que María me había indicado para la cita.

—¡Muy lejos, señor! —repuso—. Se lo explicaré lo mejor que pueda. Verá...

El hombre alzó un brazo, como queriendo indicar una dirección. Pero yo le interrumpí, diciendo:

—No se moleste. Gracias. Si está muy lejos, lo mejor será que tome un taxi.

—Efectivamente, señor. No hay otro medio más rápido y seguro.

Cerca del cine había una parada de taxis. Con apresuramiento, me dirigí al primero, abrí la portezuela y entré. Después de dar la dirección, pregunté:

—¿Cuánto tardará en llevarme?

—No menos de media hora, señor —repuso el chófer.

—Bien, amigo. Es que tengo prisa. Lléveme todo lo más rápidamente que pueda.

Así lo hizo. Pero el tráfico callejero era aún muy intenso. Los agentes de circulación y las luces de paso nos interrumpieron muchas veces. Transcurrió la media hora y pregunté al chófer:

—¿Falta mucho?

—No. Estamos muy cerca.

—Espere un poco. Detenga el taxi.

El chófer lo hizo y añadí:

—En la plaza a donde vamos, hay una estación de Metro, según tengo entendido. ¿No es así?

—Así es, señor.

—Bien. Pues, entonces, dé un rodeo sin pasar por la plaza y déjeme en alguna calle que vaya a desembocar en ella.

—Como quiera. Entendido, señor. Si le parece le dejaré en la primera bocacalle, al otro lado de la avenida que seguimos.

—De acuerdo, adelante.

El taxi se puso de nuevo en marcha y advertí cómo el chófer daba el rodeo que yo le había ordenado. Una vez en el lugar convenido, detuvo el coche y me dijo:

—Aquí es, señor.

Pagué y salí. Esperé unos instantes en el borde de la acera, mientras el taxi daba la vuelta y se alejaba en dirección contraria a la que habíamos venido.

Despacio, siguiendo la avenida, fui caminando hacia la plaza. Vi a lo lejos la estación de Metro, en el lugar de la cita. Distinguí también la silueta de María.

Me detuve a contemplarla, sintiendo algo que hasta entonces había considerado una ridícula frase hecha: El corazón me palpita apresuradamente. Si era verdad lo que se decía en las novelas rosa, esto significaba que, efectivamente, estaba enamorado de María. O que tenía miedo.

Avancé unos pasos más. Muy pocos transeúntes circulaban por las calles en aquellos momentos. Pero me llamó especialmente la atención un individuo desharrapado, cubierta la cabeza con una gran visera, con una colilla colgándole de los labios y con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. No llevaba abrigo ni gabardina. Hacía frío, llovía un poco y no estaba la noche a propósito para permanecer parado a la intemperie. Sin embargo, aquel inquietante personaje se apoyaba indolentemente en el quicio de un portal cerrado, dando la impresión de no tener prisa alguna por interrumpir su inmovilidad.

El individuo de las manos en los bolsillos miraba fijamente hacia la plaza. Cuando pasé junto a él, me miró de reojo, y creí observar en sus pupilas un relámpago de interés por mí persona. Tuve la sensación de que se me hacía un nudo en el cuello. Pero reaccioné pensando:

—Esto no puede seguir así. A este paso, acabaré por sospechar de todos los seres humanos. Estoy sugestionado y en todas partes veo enemigos. ¿Por qué imaginar que ese hombre nos vigila? ¡Bah!

Seguí adelante. María estaba de espaldas a mí. Risueño, seguro de que se alegraría al encontrarme, avancé sin ruido hasta ponerme detrás de ella. Alcé los brazos y le tapé los ojos.

—¿Quién soy?

Pero no había contado yo con que las circunstancias no eran a propósito para gastar bromas. María lanzó una exclamación de terror. Se volvió con la furia de un gato salvaje, volteando su bolso y dándome con él en la mejilla. Algo había dentro de aquel bolso, porque sentí un objeto duro que me hizo ver las estrellas. Estuve a punto de caer al suelo. Pero María me reconoció inmediatamente y acudió solícita.

—¡Oh, Ronald! ¡Perdóneme! ¿Le hice daño?

—¿Qué pregunta! —contesté riendo—. Creo que lleva en el bolso un pisapapeles o... ¡Ahora recuerdo! Sigue conservando aquella pistolita.

—Pero, Ronald... ¿A quién se le ocurre gastarme una broma en esta situación?

—¿Adónde vamos? —pregunté cogiéndola del brazo.

—A ningún sitio. Hemos de separarnos ahora mismo.

—Pero... escúcheme, María. La otra noche me cogió de sorpresa y me hizo prometerle algo de cuyo cumplimiento me arrepentí. Hoy no me separaré de usted. Las circunstancias han variado. Sé ya mucho de sus problemas para poderme quedar al margen. Y... ¡mire!

La última exclamación fue motivada por algo que acababa de ver. Junto a nosotros había una anciana vendedora de periódicos. Algunos de ellos estaban colgados en los hierros de una verja. Y unos titulares llamaron mi atención. Era una de las ediciones de la tarde.

María siguió con las pupilas en la dirección de mi índice extendido y leyó también el titular.

«Excentricidad de un inglés en el hotel King's. Por no recibir una visita huye por la ventana, dejándose la maleta. Después, envía con un botones dinero para pagar la cuenta».

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Qué importancia tiene para nosotros?

—Mucha. Tenga usted presente que ese inglés soy yo.

María abrió unos ojos desmesurados y me miraron con asombro y terror.

—¡Dios mío, Ronald! ¿Qué le ha sucedido?

—¿Ve usted cómo no podemos separarnos? Se lo contaré despacio. Pero me gustaría saber lo que dice en ese periódico. Espere un instante.

Me adelanté hacia la vendedora y adquirí un ejemplar. María quiso arrebátarmelo de las manos, pero se lo impedí. Cogiéndola de nuevo del brazo, le dije en tono cariñoso.

—Busquemos un sitio donde hablar tranquilos. Desde que me ha pegado usted con el bolso, la gente nos mira. Vayamos donde haya más soledad.

—¿Tiene usted el sobre?

—No. No lo tengo —y, al ver su gesto de angustia, añadí—: Pero no se alarme. Tuve que desprenderme de él y guardarlo en lugar seguro.

Nos miramos unos segundos. Sus pupilas cambiaron de matiz. Se suavizó, se hizo cariñosa y sumisa.

Comprendí que, de repente, se entregaba a una confianza sin límites en mi persona. Animado por ello, acaricié el dorso de una de sus manos y le dije sonriente:

—Eso es lo que nos hace falta. Confianza mutua. ¿«Ves» cómo ya no podemos separarnos? ¿Adónde quieres que vayamos?

Ella no se inmutó por el tuteo. Al contrario, como queriendo demostrar más la confianza y la sumisión, respondió con un susurro:

—Adonde tú quieras, Ronald...

IX

MANIA PERSECUTORIA

E

N silencio, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo para no hablar nada hasta que estuviéramos en un lugar tranquilo donde pudiésemos hablar de todo, caminamos deprisa por una serie de callejuelas. No tardamos en hallar un bar casi vacío y ocupamos una mesita situada en un rincón. Nos sentamos juntos y encargamos una taza de café al camarero que, inmediatamente, acudió solícito.

María, aún sin pronunciar una palabra, mientras el camarero traía lo ordenado, tomó el periódico y leyó el relato de aquel suceso anunciado con tan sorprendentes titulares. Aunque se trataba de algo demasiado conocido para mí, no pude resistir la tentación de leerlo también, acercando mi cabeza a la de María, de modo que las mejillas se rozaron.

La versión que allí se hacía del suceso tenía mucho de verdad y mucho de falso. Téngase en cuenta que el redactor obtuvo la noticia de boca de un sirviente del hotel. Y este solo sabía que un excéntrico huésped inglés se presentó en el King's a una absurda hora de la madrugada. Que este cliente había recibido, en las primeras horas de la tarde, la visita de una hermosa joven rubia, acompañada por dos caballeros elegantes. La reseña añadía que el inglés llevaba ya algunos días en Nueva York, según los datos que pudo procurarse más tarde el periodista. Se hablaba de mis alegres y frívolas costumbres. Se novelaba un poco acerca de esto, de mi título y de las riquezas de mi tío. Y, para terminar, se hacían algunas sugerencias respecto a los motivos de mi fuga por la ventana, suponiendo que mi intención había sido escaparme de la persecución de aquella dama rubia. Esto último debieron insinuarlo la esfinge y sus compañeros.

El camarero nos sirvió los cafés y se alejó de nuevo. Fue entonces cuando empezarnos a conversar María y yo.

—Estoy seguro de que ese redactor se llevaría una sorpresa si conociese la verdad. Ha tomado la cosa muy al estilo francés. Parece un cuento picaresco —dije.

—Aún no me explico cómo has podido librarte de ellos, Ronald. Empiezo a creer que han perdido facultades.

—Lo que sí sé —añadí— es que, por lo menos, la esfinge rubia perdió

el conocimiento. Hasta creo que le di demasiado fuerte.

—¿Qué le diste...? ¡Oh, por favor, Ronald, Cuéntamelo todo!

Hice a María un relato de lo sucedido. Ella me miraba con ternura. Hubo unos segundos de silencio en que nos hablábamos con las pupilas. De repente, ella hizo un gesto doloroso y me dijo desviando de mí la vista.

—¿Cuándo podremos recuperar esos billetes?

—Mañana. El cartero los llevará al hotel y enviaremos a recogerlos o iré yo mismo. Ya veremos. Pero lo importante es que me sé de memoria los nombres, las ciudades y la fecha que en ellos se había indicado con clave. ¿No te basta?

—Sí. Procuraré aprendérmelos también yo de memoria. Pero, de todos modos, hay que recuperar el sobre.

Yo la miré interrogadoramente. No quería pedirle que me contase lo que estaba sucediendo. Pero me dolía que aún no tuviese suficiente confianza en mí. Ella se dio cuenta de esto y empezó a decirme de repente:

—Ronald... He pensado que debo confiar en ti. Después de que te haya explicado, tú decidirás si aún quieres continuar ayudándome o no. En cualquier caso, dame tu palabra de guardar el secreto. Creo en tu palabra, Ronald.

—Bien. Te la doy. Y te agradezco...

—No me agradezcas nada. Te dije al despedirnos la otra vez que en mi profesión no caben sentimentalismos...

—¿Cuál es tu profesión?

María me miró seriamente y replicó:

—Soy agente del F. B. I. Tú tienes un mensaje que necesitamos. Y te lo sabes de memoria. Posees un dato que necesitamos los agentes del F. B. I. que trabajamos en este asunto. Sin ti, no podemos seguir adelante.

—¡Oh, no! Si yo tengo ese dato, es como si lo tuvieras tú.

—Pero tienes que comprender la importancia de no revelárselo a nadie. Desde aquí, hace algún tiempo, un grupo de alemanes y polacos empezaron a organizar una sublevación en Polonia y Alemania Oriental, contra el dominio ruso. Sabían que solo Estados Unidos podía ayudarles, que a Estados Unidos le interesaría el apoyo a un golpe contra el enemigo común. Y mi país decidió ayudarles, sin que oficialmente Rusia pudiera acusarle. Proporcionó dinero y un grupo de agentes del F. B. I., especializados en estos trabajos. Uno de esos agentes soy yo.

—Comprendo, María. Por eso no podíamos acudir a la Policía francesa...

—No puedo acudir a ningún organismo oficial, sin crear un grave conflicto internacional a Estados Unidos. Bien. El caso es que todos los

conspiradores alemanes y polacos fueron trasudándose poco a poco a diferentes ciudades del otro lado del telón de acero. Tienen ya un nutrido ejército de «guerrilleros» preparados, depósitos de armas y municiones bien escondidos. Yo actúo de enlace, desde aquí, con una comisión secreta del gobierno americano, por medio del F. B. I., y con miembros del gobierno exiliado polaco.

De repente, hace una semana, algo falló. Muchos de los dirigentes que esperaban la orden de sublevación fueron detenidos. Hubo que nombrar otros y me dieron la orden de llevar el mensaje secreto, con nombres y ciudades, así como la fecha señalada, al Berlín Occidental. Se me dijo que alguien me entregaría el mensaje, pero yo no sabía cómo, por quién ni en qué forma vendría redactado. Sólo lo supe poco antes de llamarte por teléfono esta tarde.

—¿Y quiénes son esos personajes que te persiguen?

—Agentes enemigos. Últimamente se ha iniciado una terrible lucha de agentes secretos. También el enemigo tiene cerebro, se huele lo que preparamos y andan tras la pista. Es una despiadada guerra de intrigas y traiciones, Ronald. Alguien ha fallado. No sé cómo han podido identificarme y saber que había de recibir un mensaje de extraordinaria importancia.

—Por lo que Irina me ha dicho, creo que alguien os traiciona.

—Sí. Así es, indudablemente. Si se apoderan del mensaje, apresarán a los hombres cuyos nombres figuran en él y conseguirán de ellos los detalles de toda la organización. Hay torturas a las que nadie resiste, Ronald...

—Pero, si nos libramos de ellos, habrá otros...

—Conozco bien a Irina y a sus dos ayudantes. Más que agentes secretos, son asesinos pagados. No habrán comunicado lo que saben de mí, para que nadie se les adelante y para exigir recompensa. En realidad, Irina es la cabeza de una organización de pistoleros. Aparte de esos dos que la acompañan, quienes están a sus órdenes no sabrán absolutamente nada de lo que Irina persigue. Y... Y esto es todo, Ronald.

Hubo una pausa. Me incliné hacia ella:

—Quiero seguir ayudándote, María. Y, ahora que lo sé todo, con todas las consecuencias. Jamás pensé que llegaría a enamorarme de un agente del F. B. I.

Alzaba su rostro hacia mí. Me incliné más y la besé en los labios.

Ella respondió al besó.

Era la tercera vez que sentía el contacto de aquella boca tierna y cálida.

—Y jamás pensé que serían tan agradables los labios de un agente del F. B. I. —murmuré.

—Los labios que has besado, Ronald, son los de María Blueway, que está en París como representante de una firma de publicidad americana.

—Bien, María... ¿Qué hacemos ahora, Mata Hari? Te dejo el mando. Tú entiendes de esto. Yo solo soy un pobre chico que había decidido acostarse temprano...

—Te diré por qué hice que te llevaran a ti el sobre con el mensaje. No tuve más remedio. Si me despedí con la decisión de no volverte a ver, fue... Ya te lo dije y era sincera entonces, como lo soy ahora. Me pareciste demasiado noble y demasiado buen muchacho, para aprovechar la influencia que, dadas las circunstancias, pudiera haber ejercido sobre ti nuestro encuentro. Quise salvarte. Evitar que te vieras en peligro, Créeme, Ronald, si te digo que no quería verte de nuevo, porque... Aunque estuvimos tan poco tiempo juntos, te portaste tan bien conmigo aquella noche...

—Sigue, María. Sigue... Aún no me has dicho por qué me hiciste entregar aquel sobre.

—El único medio que yo tenía de facilitar la entrega del sobre por un mensajero para mí desconocido, era volver a casa. Lo hice en cuanto me apeé del taxi. Pronto pude comprobar que habían recuperado mi pista. Pero también el mensajero se dio cuenta de que alguien vigilaba la puerta de mi casa. Me telefoneó. El desconocía el contenido del sobre. No podía decirme nada. No podía acercarse en aquel momento para entregármelo. Entonces, le di tu dirección. Puede que en aquel momento fallase mi propósito de mantenerte alejado de todo este asunto. Pero también debió de influir en mí un escondido deseo de verte otra vez.

—Gracias, María —dijo emocionado—. ¿Por qué no usaron otro medio para enviarte el mensaje?

—No lo sé. Creo que, cuando decidieron ese procedimiento, no sabían aún que se me vigilaba. Me di cuenta de ello demasiado tarde.

—Pues aquel desgraciado hombrecito que vino al hotel, tampoco tuvo mucha suerte. Debieron descubrir su personalidad a poco de darle tú mis señas por teléfono. Le perseguían encarnizadamente.

Entonces nos dimos cuenta de que el café estaba completamente frío. En realidad, ninguno de los dos teníamos deseos de tomar nada. Pero yo insté a María que bebiera un poco de coñac. Estaba pálida y un ligero temblor agitaba su cuerpo. Nos acercamos a la barra del bar y ella me obedeció. Los dos tomamos sendas copas de licor.

—Vámonos ya —dijo María.

Pagué y salimos. En una mesita, junto a la entrada, había un hombre que apartó la vista de nosotros cuando pasamos ante él. Ya en la calle,

mirando hacia atrás, vi, a través de las vidrieras de la puerta, que aquel hombre se levantaba y se disponía también a salir. María se dio cuenta de mi preocupación y me interrogó con la mirada.

—Sí, María. Me preocupa ese hombre. Entró cuando nosotros estábamos sentándonos. Creo que desde ahora voy a padecer manía persecutoria.

Ella rio levemente. Hacía frío y seguía lloviendo. La calle era estrecha y oscura. No había transeúntes. María, estremeciéndose, se apretó contra mí.

—María... ¿Por qué no hablamos un poco de nosotros mismos? Quiero decir de cosas que se refieran a nosotros, a nuestros sentimientos, y no a esta horrible situación. Para mí ha sucedido algo que marca una fecha decisiva en mi vida. Tal vez no debiera decírtelo aún. Pudieras imaginar que intento burlarme. Pero... estoy enamorado de ti.

Ella dudó unos segundos antes de responder.

—No, Ronald. Estoy segura de que eres sincero. Los hechos nos dan la impresión de que nos hemos conocido toda la vida.

—Hablas como si estuvieras sintiendo lo mismo que yo.

María alzó hacia mí unos ojos muy abiertos que reflejaban una absoluta franqueza. No me extrañó su respuesta, porque era la única que cabía esperar de aquella mujer tan valiente y tan decidida.

—Sí, Ronald. Yo también siento lo mismo. Por eso te he besado hace un momento...

Tiré de su brazo y nos refugiarnos en un portal. El cuarto beso de María fue larguísimo y apasionado. Luego, continuamos caminando.

Desembocamos en una calle más ancha, pero también más solitaria. Empezó a llover con más intensidad. El asfalto del pavimento brillaba a la luz de las escasas bombillas. Abrí los labios para preguntarle a María dónde podríamos dirigirnos y...

Y mis ojos tropezaron con la figura andrajosa del hombre que viera en la avenida. Como entonces, estaba indolentemente recostado en el quicio de la puerta...

X

LA SALA DE TORTURAS

M

ARIA debió de advertir mi sobresalto y dirigió la vista hacia el hombre andrajoso que estaba al otro lado de la calle.

—¿Qué sucede? ¿Conoces a ese hombre?

—Es la segunda vez que le veo.

Continuamos andando, mientras mirábamos de reojo hacia el sospechoso.

—Dime, María: ¿Estás segura de haber despistado a tus perseguidores?

—Creía que sí, Ronald... Pero... Ya no lo sé.

—Escucha. Antes, cuando me golpeaste con el bolso... Tienes una pistola, ¿verdad? ¡Dámela!

Ella estaba temblando. Bueno, confieso que yo también. Y no era solo de frío. Los dedos de María abrieron torpemente el bolso, pero no tuvo tiempo de sacar la pistola.

Silenciosamente un automóvil grande y negro recorrió el trozo de calle que había a nuestra espalda, y se detuvo de repente a nuestro lado. La sorpresa nos impidió reaccionar, aunque no sé qué reacción hubiera cabido en tales momentos. Casi antes de que el automóvil se detuviera, una portezuela se abrió y un hombre saltó delante de nosotros. Era nuestro simpático amigo de la sonrisa cruel. Ni que decir tiene que su mano empuñaba un arma en el bolsillo del abrigo. Comprendimos que nos estaba encañonando. Hubo un duelo de miradas, sin que la sonrisa de aquel hombre se alterase. Intenté un movimiento hacia él, pero me contuvo con un amenazador:

—¡No Se mueva, «amigo»! Esta vez no habrá trucos.

La lluvia aumentaba. María, apretujada contra mí, temblaba de terror y, quizá también de frío.

Un solo transeúnte caminaba distraídamente por la acera opuesta. El hombre harapiento se alejaba lentamente en dirección contraria, con ademán de haber terminado su misión. El transeúnte, desde lejos, se volvió a mirar y aceleró el paso. Creí reconocer en él al cliente que estaba junto a la puerta del bar... Un camión cruzó la calle a lo lejos, ruidosamente... El hombre de la sonrisa nos señaló con los ojos el interior del automóvil que

esperaba con la portezuela abierta...

Sin embargo, yo estaba dispuesto a luchar. Sabía que entrar en aquel coche era tanto como resignarse a morir después de una sesión de torturas en que se nos exigiría que revelásemos el lugar donde estaban los billetes del mensaje cifrado.

Y, si las torturas eran suficientemente intensas, quizá llegásemos a no poderlas resistir. Sabía que hay ciertos procedimientos capaces de obligar a un hombre a decir cuánto sus verdugos quieran que diga. Yo, por otra parte, ni actuaba por patriotismo ni por compañerismo. Sólo por María. Y, sin embargo, por ella me sentí capaz de afrontar cualquier muerte. Pero, si las torturas anulaban mi voluntad, no solo moriríamos María y yo, sino también unos hombres lejanos y desconocidos que en aquel momento esperaban la consigna para liberar un pueblo.

Sí. Estaba dispuesto a luchar. Apreté los puños, tensé los músculos... El hombre de la sonrisa lo advirtió y se acentuó su expresión risueña. También lo advirtió María que me cogió del brazo y me indicó con un gesto la ventanilla del automóvil.

Entonces me di cuenta de que mi decisión heroica sería inútil. El conductor del coche, cuyo rostro quedaba en sombra, asomaba la boca de fuego de una pistola ametralladora. No me será posible dar ni un solo paso.

Un hombre y una mujer avanzaban por la acera hacia nosotros, cogidos del brazo. Quizá a nuestra espalda se acercaba algún otro transeúnte. ¿Y qué? Suponiendo que intentasen ayudarnos, solo serviría para que, además de María y yo, otras personas quedasen tendidas en la calle.

—No hay solución, Ronald —susurró María—. No lo intentes. Quizá más tarde...

—Sí. Quizá más tarde... Entrar en el automóvil era prolongar la vida. Y, mientras hay vida, hay esperanza...

Despacio fuimos hacia el coche. El hombre de la sonrisa me hizo entrar primero. Como ya estaba yo imaginando, dentro del automóvil había dos personas.

Al volante estaba sentado otro individuo que ya conocíamos. En el asiento posterior, indolente, recostada y fumando un cigarrillo, vi a la escultura rubia.

—Siéntate junto a mí —dijo Irina al verme en el marco de la portezuela—. Tengo por tu persona una predilección especial, desde que he visto el modo con que tratas a las mujeres.

Sin contestar, entré y me senté, procurando apartarme de ella todo lo posible.

—No, no. Más cerca —insistió la escultura—. A primera vista, pareces

muy tímido. Pero tienes que dejar espacio para que se sienta tu amiguita al otro lado. Tú, entre las dos. No te quejarás, ¿eh?

Obedecí sin replicar. María entró también y yo quedé entre ellas, en el asiento posterior. Irina se oprimió contra mí. Pero aquella presión solo contribuyó a la sensación interior de frío mortal que se me apoderaba.

El hombre de la sonrisa colocóse junto al conductor, pero de rodillas sobre el asiento y dándonos frente, sin dejar de apuntarnos con la pistola que ahora exhibía fuera del bolsillo. El conductor guardó la ametralladora y tomó el volante.

—Vámonos —ordenó Irina.

El automóvil se puso en marcha. La rubia parecía indiferente a todo, a pesar de que ahora estaba bien claro que ella dirigía la acción. El automóvil arrancó a toda velocidad. Durante mucho rato, todos permanecemos en silencio. A mi izquierda temblaba el tibio cuerpo de María. La miré. Hice enormes esfuerzos para dominarme y permanecer sereno. Me incliné hacia su oído y murmuré:

—Tranquilízate, María. Verás como todo nos sale bien.

Ella me cogió la mano con un estremecimiento y dijo también en voz baja:

—Nada me importaría todo esto, si no fuese por ti. ¡Dios mío, Ronald! No puedo resistir la idea de que, por mí culpa, tú...

—No te preocupes. Cualquier cosa puede pagarse a cambio de haberte conocido.

—Eres un ingrato, Ronald —intervino Irina hablando con su voz indolente—. Te estás dedicando solamente a María, sin acordarte de que yo he sufrido por ti esta tarde.

Aquello me hizo recuperar repentinamente el sentido del humor. Me volví hacia la esfinge rubia y le pregunté en tono alegre:

—¿Ah, sí? ¿Qué tal te encuentras, mí querida esfinge? ¿Te agradaron las muestras de cariño que te di?

—¡Vaya! Menos mal. Por fin has recordado la cortesía inglesa. ¿Vas cómodo? Ya sabes que me entusiasma tu compañía.

—Lo entiendo —le dije—. Se trata de endulzarme los últimos momentos, ¿eh?

—No sigamos charlando. Fíjate en María. Está terriblemente celosa. Empiezo a creer que de verdad eres infalible con las mujeres. Sobre todo los golpes en la barbilla son tu mejor recurso. No sabes lo humillante que me resultó dar en el hotel la impresión de que un chico tan guapo como tú huía de mí.

Por muchos esfuerzos que hice no conseguí hallar nuevas ironías.

Transcurrieron unos minutos más, miré por la ventanilla y me di cuenta de que atravesábamos un puente hacia las afueras. El hombre de la sonrisa seguía apuntándonos firmemente con la pistola. Parecía asistir al más encantador espectáculo que una existencia puede ofrecer.

—¿Dónde estamos? —pregunté—. No conozco bien Nueva York.

—Salvo en lo que se refiere a salas de fiestas y «boîtes» nocturnas —añadió Irina.

—¿Por qué no nos han vendado los ojos? —dije—. ¿No tienen miedo de que me entere del camino que conduce a su guarida?

—¡Oh, no! —exclamó la escultura de mármol con tono espantosamente helado—. Tengo plena confianza en ti, cariño mío. Estoy segura de que jamás se lo has de decir a nadie.

La sugerencia que estas palabras encerraban estremeció a María, que se apretó a mí, con un leve sollozo. El automóvil continuaba su vertiginosa carrera. Por la ventanilla de atrás, en un trozo de carretera recta, llegaron hasta nosotros los focos de otro coche. Pero pronto desapareció aquella luz. Luego, nos apartamos del camino principal, por otro secundario y enfangado. Ahora la lluvia caía a torrentes, Me pareció hallarme en una campiña solitaria. Todo era oscuridad a nuestros alrededor.

De repente, al doblar una curva, los faros del automóvil iluminaron una especie de cabaña de madera. Pude observar que la fachada que aparecía ante nosotros no tenía puerta, pero sí una amplia ventana con postigos encristalados, cerrada. Delante de esta fachada posterior, había otro automóvil como el nuestro. Pero no se veía persona alguna.

El coche Se detuvo junto al otro. El conductor se apeó y abrió la portezuela por el lado de María.

—Salgan —ordenó.

Vi que el vehículo estaba parado en medio de, un enorme charco. Me apenó pensar que María tuviera que caminar por aquel enfangado terreno. Salí primero y la cogí en brazos.

—¡Qué considerado! —comentó Irina—. ¿No te das cuenta, Ronald, de que yo también voy a mancharme?

No le hice caso. El hombre de la sonrisa cruel, estaba también a mi lado, amenazándome aún con su pistola.

—¿A dónde vamos?

Sin contestarme, el que había conducido el automóvil me hizo una indicación con la cabeza, se volvió de espaldas y empezó a caminar, dándole vuelta a la casucha. El hombre de la sonrisa arrebató el bolso que María conservaba aún en las manos y nos indicó también que siguiéramos al otro. Yo obedecí, manteniendo en mis brazos a María que me rodeaba el

cuello con los suyos. Sentía latirle el corazón al oprimir su pecho contra el mío. Nuestros vestidos comenzaron a empaparse.

Dimos, pues, la vuelta a la cabaña hasta encontrar la fachada principal, en donde había una puerta entreabierta, que dejaba escapar una rendija de luz amarillenta. Detrás de nosotros venían el hombre de la sonrisa e Irina.

Se nos hizo entrar. La cabaña tenía dos habitaciones. En la primera de ellas, había otros cuatro hombres desconocidos que nos miraron sin curiosidad y en silencio. Pasamos a la segunda habitación. Era amplia pero destartalada, sin más muebles que una mesa situada cerca de la única ventana, y un par de sillas. Comprendí que aquella ventana de madera, con grandes cristales sucios, daba a la parte donde habíamos dejado los coches.

Con nosotros entraron los dos hombres que nos habían acompañado y la fría escultura de mármol. Cerraron la puerta y nos quedamos aislados de los de fuera. La macilenta luz del quinqué de petróleo, colocado sobre la mesa, iluminaba tétricamente la habitación. Al menos, a mí me pareció tétrica. En aquellos momentos no creo que nada pudiese parecerme alegre. Por un segundo, maldije una vez más el no haberme decidido a permanecer fuera de los problemas de aquellas gentes, cuando aún había estado a tiempo. Pero el delicioso peso de María, que temblaba entre mis brazos, me hizo rechazar tal idea y la miré con el angustioso pesar de no saber cómo defenderla.

Deposité mi amada carga en una de las sillas.

Entonces mis ojos descubrieron en un rincón el cuerpo de un hombre pequeño que estaba inmóvil, con el rostro vuelto hacia el suelo.

Me acerqué a él y lo examiné. Pude verle la cara que tenía un espantoso gesto de dolor. Había sangre en sus manos, en su boca y en sus mejillas. Estaba muerto.

Los demás me miraban en silencio. Uno de los raptos me apuntaba todavía con su revólver.

—Es lastimoso —dijo Irina, rompiendo el silencio con su voz sin inflexiones—. Por nada del mundo quisiera verte como él está, Ronald.

No contesté. Volví junto a María como para protegerla y miré desafiantes a los otros tres personajes.

—Sé quién es ese hombre. Vi cómo le metían ustedes en un coche negro ante la puerta del hotel Irish.

—No podemos perder más tiempo —repuso el de la sonrisa—. ¿Dónde está el sobre?

—¿Es que no habéis podido conseguir que os lo dijera ese desgraciado? —preguntó María, señalando con la cabeza la figura inmóvil.

El hombre de la sonrisa se acercó a mí americanita morena y le dijo:

—No preguntes y contesta. ¿Tienes el sobre?

—No.

—Me aseguraré yo misma —intervino Irina—. Sujétala.

Mientras seguíamos bajo la amenaza de la pistola, el hombre de la sonrisa cogió desconsideradamente a María por los brazos, sujetándole los codos a la espalda. Irina la registró. Yo, sin poder evitarlo, sin poder socorrerla, hube de limitarme a lanzar maldiciones contra nuestros raptores.

Después, me registraron a mí. María me miraba anhelante. Comprendí que era necesario animarla y procuré sonreír. Pero estoy seguro de que mi sonrisa fue solo una dolorosa mueca. En uno de mis bolsillos, Irina halló aquel sobre que yo había preparado con billetes sin marcar. Por primera vez advertí en ella una señal de nerviosismo, mientras sus dedos rasgaban el sobre.

—Creo que es esto —exclamó al encontrar los billetes.

El hombre de la sonrisa tomó el contenido del sobre y se acercó a la luz del quinqué. María me miraba ahora con un gesto reprobador. Recordé que no le había dicho nada sobre aquel sobre que preparé después de haber echado al correo el de los billetes marcados. Me di cuenta de que María sospechaba mentira en mí. Estaba creyendo que no le había dicho la verdad. Y pude comprobar que esta idea le producía un dolor más agudo que el de la terrible situación en que nos hallábamos.

Pero poco duró este nuevo aspecto de su angustia. El hombre de la sonrisa, tras de haber mirado los billetes al contraluz, exclamó irritado:

—¡Maldito imbécil! ¡Estos no son!

María suspiró con alivio y ahora su mirada me suplicaba perdón por la sospecha anterior. Irina se me acercó y me acarició una mejilla con su mano húmeda de lluvia, mientras sus pupilas grises y aceradas intentaban penetrarme los pensamientos.

—¡Qué niño eres, querido Ronald! ¿No comprendes que esa jugarreta es demasiado inocente? Vamos... Di a tu Irina dónde están los billetes que ella quiere, cariño mío. Soy muy caprichosa, ¿sabes? Me gusta el dinero, pero quiero precisamente unos determinados billetes.

—No sé de qué me están hablando —protesté—. Si quieren más dinero, tal vez tenga algo en la cartera.

—¡Basta de estupideces! —exclamó el hombre de la sonrisa, sin que de ningún modo pareciera irritado—. Necesitamos ese mensaje, María. Ya sabes lo que os espera, si no aparece. Si lo tiene ese amigo tuyo, está sentenciado a muerte.

—Quien lo tiene, no lo puede comprender —repuso María—. Está en clave.

—¡Una clave estúpida, que descubriría un idiota! ¡Vamos! ¿Quién lo tiene?

María permaneció silenciosa. El hombre la abofeteó varias veces con furia, pero sin que la sonrisa desapareciera de su rostro. Yo, con Irina cogida de mi brazo, seguía bajo la amenaza del revólver que me miraba con su ojo azulado. Hubo un momento en que me dispuse a saltar sobre aquel miserable, pero Irina, con una suave presión de sus dedos, me recordó que aquello solo podría conducirme a una muerte anticipada.

María apretó los labios y quedó en silencio. El hombre la abofeteó de nuevo hasta hacerla caer al suelo. No pude más y me lancé hacia delante. El revólver habló y una bala me rozó la sien derecha, prueba evidente de la magnífica puntería de aquel hombre. Irina me la ratificó, acudiendo a mí lado y enjugándome la sangre con un pañuelo perfumado.

—¿Lo ves, amor mío? —me dijo la escultura rubia—. No seas imprudente, porque la próxima vez, ese bruto tirará a dar.

El hombre de la sonrisa levantó a María del suelo y, cogiéndola de un brazo se lo retorció a la espalda. Ella gemía de dolor, pero continuaba sin hablar. El verdugo le soltó el brazo y la joven se dejó caer de bruces sobre la mesa. Aquel individuo encendió un cigarrillo con mano firme y tranquila, como si estuviese sentado a la mesa de un café, contemplando cualquier espectáculo agradable. Lanzó dos o tres bocanadas de humo, muy seguidas, hasta conseguir una magnífica brasa de tabaco. Entonces, con un movimiento rápido, cogiendo fuertemente a María por la cintura e inmovilizándola, aplastó la lumbre del cigarrillo contra uno de sus encantadores y bien torneados brazos. Ella gritó y, luego, comenzó a gemir...

—No me importa que grites. Nadie te oirá. Pero vamos a emplear procedimientos más sutiles.

Bajo la complacida mirada de Irina, el hombre sonriente cogió de un rincón un trozo de madera resinosa y cortó una astillita con una navaja.

Fuera se oía el ruido de la lluvia que golpeaba contra la amplia ventana encristalada. Dentro, solo los suaves gemidos de María. Recordé haber visto aquello en un cine. Unas astillitas resinosas clavadas entre las uñas y la carne, y encendidas luego... María se daba cuenta también, porque miraba con terror.

—¡Yo sé dónde está ese sobre! —grité, sin poder contenerme—. ¡No la torturen más! ¡No ha pasado siquiera por sus manos! ¡Ella no sabe dónde está!

El hombre se volvió lentamente con las astillitas sobre la palma de la mano, mirándolas como si fuesen delicados juguetes.

—Lo suponía —dijo—. ¿Dónde está?

—No lo diré nunca.

—Primero, lo dirá —afirmó el hombre sonriente—Después morirá. Ha cometido usted la máxima estupidez de su vida, mezclándose en esto. Ya ve a lo que puede conducirle la admiración por una encantadora señorita. Voy a rebajarte un poco la moral, amigo. Llama a los de fuera, Irina:

Irina me acarició de nuevo la mejilla, diciéndome:

—Te harán mucho daño, mi amor. Voy a sufrir mucho... Pero tú puedes evitarlo fácilmente...

XI

FIESTA NOCTURNA

A

pesar de sus palabras Irina fue a la puerta y llamó a tres de los hombres que esperaban fuera. Entraron. Indudablemente, estaban bien aleccionados, porque no fue precisa ninguna orden. Se dirigieron resueltamente hacia mí y seis manos y seis pies produjeron una brutal tempestad de golpes sobre mi cuerpo. Cuando al fin me levantaron del suelo y me sentaron en una silla junto a la mesa, me sangraba la nariz, me dolía la mandíbula y el costado, respiraba con dificultad... Pero aún pude enviar una sonrisa de aliento a María que me miraba horrorizada.

Los tres individuos de refuerzo, concluida su labor, volvieron a marcharse al otro cuarto, cerrando la puerta.

Yo, agotado, dolorido, con un terrible aturdimiento en el cerebro, me recosté en el respaldo de la silla. Entonces, el hombre de la pistola se quitó un cinturón de cuero y me rodeó el pecho con él, sujetándome el cuerpo y el brazo izquierdo a la silla. Para reforzar mi sujeción, hizo uso de sus brazos, guardándose el arma en el bolsillo. El hombre de la sonrisa cogió con extraordinaria fuerza mi mano derecha y la extendió sobre la mesa, con la palma hacia abajo. Comprendí perfectamente lo que intentaba, porque se subió sobre el mueble para arrodillarse sobre el dorso de mi mano y sobré mi muñeca.

Irina se puso a mí lado y me acarició los cabellos, murmurando:

—Estás sufriendo mucho, ¿verdad, cariño? Pero no hay más remedio, porque te empeñas en ser un niño desobediente. Ten valor, amor mío. Ahora te dolerá bastante.

El hombre de la sonrisa me había cogido un dedo con una mano que parecía de acero, y clavó lentamente una de las astillas por debajo de la uña. No pude evitar un prolongado lamento. El hombre que me sujetaba rio groseramente. El de la sonrisa estaba atento a mi mano. Ninguno se preocupaba ahora de María. Y ella aprovechó el instante.

La valerosa joven morena se levantó de un salto, volteó la silla y aplastó la luz. Yo estaba casi sin fuerzas un momento antes. Pero, al ver la acción de María, me pareció recuperarlas instantáneamente. Tiré con fuerza del brazo y conseguí liberarlo de las rodillas del hombre sonriente. Golpeé

algo que resultó ser la delicada mandíbula de Irina. Recordaba yo a la perfección dónde había dejado la navaja el hombre de la sonrisa, después de cortar las astillas. Estaba sobre la mesa y pude alcanzarla porque María acababa de voltear de nuevo la silla sobre el hombre que me sujetaba y que pretendía lanzarse contra ella.

Giré sobre mí mismo, atado aún a la silla. En mi mano estaba el cuchillo que tropezó con el hombre de mi espalda que se tambaleaba intentando recuperarse. La hoja de acero se hundió en su costado y él se derrumbó con un gemido.

Corrí con silla y todo para evitar la presión de los hercúleos brazos del hombre de la sonrisa que caía sobre mí desde la mesa. Entonces encontró el vacío y se estrelló contra el suelo. Por un momento, pareció que María y yo éramos los únicos conscientes en la habitación. Corté el cinturón de cuero mientras ella abría la ventana.

—¡Ven pronto, Ronald! —exclamó a media voz.

Pero la desvencijada puerta rechinó dando paso a los hombres que estaban en el otro cuarto. Me lancé sobre el primero y hundí la navaja dos veces en su cuerpo, que, al caer, interrumpió el paso de los otros dos.

No perdimos tiempo. Aprovechando la confusión y la oscuridad, saltamos al exterior. Los dos automóviles continuaban allí. Recordando que no habían quitado la llave de contacto del que nos trajo a la cabaña, corrimos hacia él. Sentí no tener un instrumento más efectivo que la navajita para inutilizar los neumáticos del otro. Mientras María se sentaba al volante y ponía en marcha el motor, aún empleé yo un par de segundos para lanzar una pellada de barro contra el parabrisas del coche que estaba ya en la cabaña cuando llegamos.

Unos disparos desde la ventana de la casa nos dieron la despedida. Pero ya entonces corríamos a toda velocidad por el enfangado camino hacia la carretera. María llevaba el volante con mano firme y oprimía el acelerador cuando le era posible. Sus labios apretados eran una línea roja en el rostro blanco.

—Nos perseguirán con el otro coche —dije como pensando en voz alta—. Pero tendrán que perder un instante en limpiar el parabrisas. Lo he llenado de barro.

María no contestó y continuaba atenta a conducir el volante. Apenas habíamos recorrido la mitad del camino hacia la carretera, pasamos por un ensanchamiento que ya observé en el viaje de ida. Pero ahora los faros de nuestro vehículo mostraron otro coche, también grande y negro, que estaba parado, y al parecer vacío, a un lado del camino. Sin hacer caso de él, continuamos adelante.

En el trozo recto del camino pudimos advertir, como a la ida, los faros de un automóvil que venía a lo lejos tras de nosotros. ¿Sería el coche que estaba en el ensanchamiento? ¿Cuál había sido el que nos siguió al ir hacia la cabaña?

Pero nuestras mentes no estaban entonces para resolver enigmas. Lo único que pretendíamos era huir. Y, al fin, alcanzamos la carretera. Vi que María no tomaba la dirección de la ciudad. Extrañado le pregunté:

—¿No te equivocas de camino?

—No, Ronald. Vamos en busca de un refugio.

Estábamos ahora atravesando un pueblo. Torcimos a la izquierda y seguimos una larga recta. Minutos más tarde pudimos darnos cuenta de que, efectivamente, un coche nos seguía. Pero estaba muy lejos aún. María mantuvo la velocidad y continuó adelante. El viaje se hacía largo y empecé a temer que nos faltase la gasolina. Continuaba lloviendo en el exterior y las curvas resultaban peligrosas.

—¿Falta mucho? —pregunté.

—Unos diez kilómetros.

De cuando en cuando, volvíamos a percibir los focos del automóvil perseguidor. Pero no podíamos detenernos. Al fin, María introdujo el coche por un camino y, quinientos metros más adelante, se detuvo ante una diminuta casa a cuyo lado había un barracón, con aspecto de molino.

A, instancias de ella, saltamos del coche y aporreamos la puerta de la casita. Un hombre se asomó por una ventana, preguntando quién llamaba.

—¡Abre enseguida, Friedrich! ¡Soy María!

Friedrich lanzó una exclamación de sorpresa y cerró la ventana. Un momento después, aparecía en el marco de la puerta. María y él hablaron rápidamente en alemán.

—Nos persiguen de cerca. Es importante que no nos cojan. No solo por nosotros, sino por la causa.

—¡Dios mío! dijo Friedrich—. Estoy solo en el molino. Los demás se han ido.

—Damos un par de pistolas. Tenemos que defendernos. Estarán aquí enseguida. En estos momentos se habrán dado cuenta ya de que hemos tomado un camino lateral que nos conduce aquí.

—Vamos al barracón —dijo—. Allí tengo armas.

La lluvia caía sobre nosotros. El frío y el agotamiento nos penetraban hasta los huesos. Seguimos al hombre del molino y llegamos hasta la puerta del barracón.

—Aquí podremos ocultarnos —explicó Friedrich. Hay sacas de harina almacenadas.

Friedrich abrió la puerta, entró y salió de nuevo para darnos una pistola a cada uno. Sacó una linterna de bolsillo e iluminó el interior. A un lado, había unas mamparas de cristal, reparando un lugar para la oficina del molino. Al fondo de la amplia nave, veíanse grandes montones de sacas con trigo y harina.

Con las pistolas en las manos, avanzamos hacia el fondo del barracón. Escogimos un montón de sacas y nos parapetamos en él dando frente a la puerta.

Friedrich apagó la linterna. María explicó brevemente a su amigo:

—Son Irina y su banda de asesinos. Por fin han dado con nuestra pista. Ahora se trata de vida o muerte. A punto hemos estado de no contarlos. Pero nos persiguen y no abandonarán la presa.

—¿Cuántos son?

—No lo sé. Quizá solo cuatro, además de Irina. Se trata de un mensaje. Friedrich. Un mensaje que yo solo puedo llevar. Bien saben ellos que así es. Por eso quieren acabar conmigo.

—¿Y ese que te acompaña?

—Ha estado a punto de morir por mí. Jamás encontré a nadie como él. Sólo hace dos días que le conozco, solo le he tratado unas horas, y ya preferiría todos los tormentos del mundo antes de que le ocurriese nada.

—¿Enamorada? —preguntó Friedrich con un fono amistoso.

—Creo que sí... Estoy segura de que sí. ¡Ojalá no le hubiese metido en esto!

—Gracias, María —dije yo, hablando también en alemán—. Es lo más delicioso que he oído en mi vida.

—¡Oh! —exclamó ella, mientras Friedrich reía, alegremente—. Pero, ¿sabes alemán?

—Debiste suponerlo, cuando pude traducir las palabras del mensaje. Pero no te preocupes. No abusaré de lo que acabo de enterarme.

La atraje hacia mí y la besé. En aquel momento, unos fuertes golpes se oyeron en la puerta del barracón.

XII

LUCHA A MUERTE

Y

A están ahí —exclamó Friedrich.

Desde el exterior, nos llegó la voz del hombre de la sonrisa. Tenía un tono alegre, como si estuviese llamando a unos amigos para celebrar una fiesta.

—¡Eh! ¡Ronald! ¡María! Ya estamos aquí. ¿Hemos tardado mucho?

No contestamos. María se hizo un ovillo a mí lado y yo le rodeé con mi brazo izquierdo, mientras mantenía firmemente la pistola en la mano derecha. Nuestras pupilas estaban fijas en la puerta y apretábamos los dientes, conteniendo la respiración. Ahora fue la voz de Irina la que llegó a nuestros oídos:

—¿Por qué huyes siempre de mí, Ronald, amor mío? Veo que de verdad el F. B. I. tiene atractivo para la juventud...

—Sabemos que están ahí —dijo, también desde fuera, el otro compañero de Irina—. No nos pueden engañar. Hemos visto el coche delante de la puerta y las huellas de sus pies en el barro. Si no salen, incendiaremos el barracón.

Durante un buen rato, hubo absoluto silencio. Indudablemente, los de fuera discutían el modo de sacarnos de allí.

—No tardarán mucho en intentar una cosa y otra —dijo Friedrich—. Vigilen bien la puerta. Yo me fijaré en los ventanales que hay detrás de nosotros.

La entrada al barracón era una gran plancha corredera. Pero habíamos entrado por una puertecita lateral. Esta fue la que empezó a ser golpeada por los de fuera, con un tronco de árbol sin duda o con alguna viga de hierro, porque los golpes eran muy potentes. Pronto saltó hecha pedazos. Una cabeza apareció en el umbral.

Los tres la saludamos a la vez disparando nuestras pistolas. Entonces, oímos que se rompían cristales a nuestra espalda. Nos volvimos para mirar y dimos tiempo así a que una silueta penetrase en el barracón por la puertecita, disparando hacia nosotros furiosamente, una pistola ametralladora. No tuvimos más remedio que cubrirnos, a pesar de que sabíamos que en aquel momento, entrarían los demás.

Nos consideramos perdidos. Era imposible la defensa contra varios hombres armados, y más si poseían pistolas ametralladoras. Los veíamos avanzar poco a poco, uno a uno, saltando entre los sacos de harina. Me pareció que uno de mis disparos hacía blanco. Al menos, oí un gemido. Por las armas enemigas que disparaban, deduje que no todos los pistoleros de Irina se habían dejado ver en la cabaña.

—¿Por qué no se me ocurriría dejar la luz encendida? —murmuró Friedrich—Hubiéramos podido defendernos mejor.

María se acurrucó contra mí y yo la abracé, sin dejar de vigilar, buscando en la oscuridad las siluetas de nuestros enemigos.

—Yo también te quiero, María —murmuré—. El destino nos castiga con una jugarreta cruel. He malemployado mucho la expresión «te quiero» y ahora que lo digo sinceramente... Ahora...

—Sí, Ronald. Vamos a morir.

—¡No! Verás cómo...

—Sí, Ronald —repitió ella con firmeza—. Nada puede salvarnos. Lo único que quiero es no caer de nuevo en sus manos. Y gracias por haberme ayudado, gracias por quererme... Gracias, Ronald.

En aquel momento, el silencio era total. Nosotros no disparábamos, para no descubrir nuestra posición. Ellos tampoco. Seguramente se arrastraban cautelosamente entre las sacas de harina. María, Friedrich y yo nos reservábamos para el momento del salto.

Aquella tensión terminaría con unas ráfagas de ametralladora... Ya un arma, en tiro a tiro, y otra, en ráfagas cortas, disparaban para obligarnos a bajar las cabezas.

Pero, de repente, oímos llegar un automóvil. Por el terrible frenazo que percibimos en forma de chirrido, podía colegirse que aquel coche llegaba a toda velocidad. Inmediatamente, llegó otro. Nuestros asaltantes se detuvieron y durante unos segundos solo se escucharon unas voces que llegaban desde el exterior. Diríase que alguien, fuera, daba órdenes rápidas.

Hubo otro largo silencio. Me pareció observar que nuestros asaltantes se estaban agrupando en el hueco que dejaban dos montones de sacas, situadas entre la puerta y nosotros. De repente, desde el marco azul oscuro de la puertecita, una potente voz inundó el barracón.

—¡Alto el fuego! ¡Levanten las manos y salgan!

—¡Es la Policía! —murmuró María junto a mí rostro—. Pero Ronald... ¿Cómo es posible? ¿Cómo han sabido...?

—No lo sé, María. Quizá los disparos...

—Imposible. Estamos en un lugar solitario. Y, de todos modos, no ha habido tiempo para que alguien haya dado el aviso. Y...

De nuevo se oyó la orden.

—¡He dicho que salgan! ¡Cualquier resistencia sería inútil!

Pero nadie había contestado a la voz. Bien claro estaba que nuestros enemigos se daban cuenta de la personalidad de aquellos que interrumpían el combate. Nosotros no podíamos salir, sin exponernos a los disparos de las pistolas ametralladoras que los hombres de Irina poseían. Pero ellos sí hubieran podido hacerlo. Puesto que no se decidían a salir, era de suponer que de ningún modo les agradaba el encuentro con la Policía.

—¡Sabemos que están ahí dentro! —volvieron a clamar desde la puerta—. Les hemos rodeado.

Pero nadie contestó esta vez tampoco. Nosotros, porque no podíamos obedecer. Nuestros enemigos, porque no querían. Al fin, me decidí. Incorporándome un poco, para que mi voz fuera más potente grité:

—¡Óigame, quienquiera que sea! ¡Soy Ronald Fisher! ¡Lord Ronald Fisher! ¡No podemos salir, porque una banda de asesinos está cerrándonos el paso!

María estaba aterrada. Procuré tranquilizarla con una caricia y esperé la respuesta del exterior. No se hizo esperar. Pero no fue en forma de frases sino de hechos.

Tres o cuatro hombres penetraron de repente en el barracón. Cuando nuestros asaltantes quisieron disparar sobre ellos, ya los agentes estaban dentro. Los disparos del hombre de la sonrisa y de sus compañeros se perdieron en el vacío, a través de la puertecita. Un momento después, se encendió la luz. Los agentes policíacos preferían luchar sin oscuridad. Pero casi no les dio tiempo a buscar refugio. Los bandidos hicieron un rápido fuego contra ellos.

Esta fue la mayor equivocación, porque hicieron blanco en un policía que cayó gimiendo lastimeramente. Los demás pudieron refugiarse, pero aquello fue la señal. Los agentes no tendrían ya consideración alguna con quienes habían herido a uno de sus compañeros.

Desde el refugio conseguido detrás de una máquina de moler, una cortina de fuego ametrallador se desencadenó contra nuestros enemigos, obligándoles a cubrirse, y dando tiempo a que muchos más agentes policíacos penetrasen en el barracón. Vi al hombre de la sonrisa que se levantaba y se lanzaba desesperadamente hacia la puerta, seguido de los pistoleros, y disparando furiosamente. Pero ninguno de ellos pudo llegar a la salida. El hombre de la sonrisa y uno de aquellos asesinos a sueldo cayeron a mitad de camino y quedaron inmóviles en el suelo. Los otros dos alzaron las manos y se rindieron.

El silencio que siguió a este alucinante suceso fue prolongado. Todos

parecíamos haber quedado paralíticos y mudos. Luego, tomando del brazo a María, me puse en pie y la ayudé a levantarse. Friedrich nos imitó, y los tres, lentamente, con los ojos fijos en aquellos hombres cuyos cuerpos permanecían tendidos e inmóviles, avanzamos...

Un hombre de unos cuarenta años, enjuto, alto y fuerte, nos salió al paso y se detuvo ante mí. Le miré un instante, pero volví a contemplar el rostro del hombre de la sonrisa cruel, que ahora estaba a mis pies, inerte. No cabía duda de que había muerto. Pero su máscara sonriente era la misma. Diríase que nada le había ocurrido, a no ser por el vidrioso tono de sus ojos, que estaban muy abiertos, y por el hilo rojizo que iba tiñendo el blanco polvo harinoso que cubría el suelo.

—Soy el inspector Roulien, Sir. Me alegro de haber llegado a tiempo.

—Sí. Ha sido una suerte que estuvieran ustedes por aquí cerca. Una verdadera casualidad.

—No es una casualidad —dijo el inspector—. Si estamos aquí, es porque ustedes nos han traído.

María dejó de mirar los cadáveres y me cogió del brazo, con un estremecimiento. Nuestros tres rostros —incluido el de Friedrich— expresaban tanto asombro que Roulien se echó a reír.

—No sé por qué todo el mundo cree que la Policía es inútil y formada por un conjunto de retrasados mentales. No le supuse a usted de esa opinión, lord Ronald Fisher.

—Perdóneme... No puedo comprender...

—Ayer llamó usted a información preguntando por una joven americana llamada María, con cabellos morenos, que estaba en un apuro. No se le dio mucha importancia. Pero esta tarde ha tenido usted una espectacular actuación en el hotel King's. No hubo más remedio que investigar sobre su persona y conseguimos una relación de los hechos. Averiguamos sus pasos y nos interesaron los personajes que le habían visitado en el King's y la joven americana morena por la que usted estaba preocupado. Supimos quién era María. Esta señorita que le acompaña había despertado ya la atención de uno de nuestros departamentos, aunque no tenemos nada contra ella. El caso es que uno de nuestros agentes pudo localizarla esta tarde, la ha seguido y se ha dado cuenta de que alguien más tenía interés en vigilarla.

En aquel momento, interpretando una leve presión de los dedos de María, miré a un lado y vi, entre los agentes, al parroquiano de aquel bar en que horas antes habíamos estado charlando. El inspector sonrió y me dijo:

—Sí. Ese es. Gracias a él viven ustedes aún. Cuando les obsequiaron con aquel paseo en automóvil, nosotros pudimos ir detrás. Pero no nos han

dado tiempo a que les sacáramos de la cabaña en donde han celebrado ustedes una pequeña fiesta de media noche. Han hecho lo posible por darnos trabajo. Creo que les convendrá descansar ahora. No me mire con esa cara de asombro, Sir. Sólo hemos cumplido con nuestro deber. Cuando regrese a Inglaterra, no hable demasiado mal de la Policía francesa. Ahora, sería conveniente que me hiciese usted una versión particular de los hechos. ¿Comprende? Ya conocíamos a esa banda que acabamos de «disolver». Pero habrá curiosidad por saber cuál era el motivo de que les persiguieran con tanto encarnizamiento, Deme su versión, Sir. La que le parezca más conveniente. ¿Lo entiende, Sir?

Claro está que lo entendía. El agente buscaba una oportunidad para dejarme al margen de los sucesos. Yo expuse la primera explicación que se me ocurrió.

—Trabé amistad con esta señorita. Estos individuos empezaron a molestarnos. Yo siempre suelo llevar bastante dinero en el bolsillo. Quisieron robarme, nos resistimos... Seguramente pretendían raptarme y pedir a mí tío un rescate... ¡Sí! ¡Eso es! ¡Pretendían un rescate!

El inspector me miraba sonriente, dándose cuenta de mis apuros para encontrar una explicación. Al fin, compadecido, me puso una mano en el hombro y dijo en voz baja:

—Sí. Eso puede servir... Perfecciónelo, porque mañana tendrá que presentarse en Comisaría para declarar. Y también esa señorita. Viéndola, comprendo que se haya usted dejado arrastrar... Ella le ayudará a perfeccionar esa novela que está inventando. Yo la aceptaré. Tenga en cuenta que las tiranías me resultan insoportables. Creo que entenderán bien lo que les quiero decir... Además siento... —bajó la voz y añadió—, siento mucha simpatía por... el F. B. I.

Lo entendíamos. El inspector quería facilitarnos las explicaciones y evitarnos toda dificultad. Se lo agradecí, con un efusivo apretón de manos. Pero, en aquel momento, dos nuevos agentes entraron en el barracón, llevando delante a Irina.

—La hemos encontrado por los alrededores, señor inspector —dijo uno de ellos—. Debe de ser muda. No sabemos a cuál de los dos bandos combatientes pertenece.

—Yo sí lo sé —repuso el inspector—. Pertenece al bando que ha perdido la guerra. Llévela a uno de los coches.

Pero Irina siguió avanzando hacia mí. Había en ella tal gesto de despreocupación por cuanto la rodeaba, que todos la miraban asombrados sin decidirse a intervenir. Yo permanecí inmóvil, esperándola. María crispaba sus dedos sobre mi brazo. Irina se detuvo cuando ya casi me

estaba rozando. Los fríos ojos grises de la esfinge rubia me hipnotizaban. No podía apartar de ellos mis pupilas. No sé exactamente cuál era mi sensación. Parecía que una espantosa amenaza me penetraba en el espíritu o que un abrumador reproche me llegaba desde Irina.

Una mano helada, húmeda de lluvia, de largos y blancos dedos se alzó hasta mi rostro. Aquella mano me acarició la mejilla y los cabellos, pero ahora con una caricia ruda, casi desesperada. Y aseguraría que no se movieron sus labios cuando murmuró:

—Quizá tardemos en vernos de nuevo, amor mío. Pero tú me esperarás siempre. Bien seguro puedes estar de que te buscaré. Bien seguro puedes estar... Volveremos a encontrarnos. Jamás me olvidaré de ti...

* * *

Amanecía. Por la ventana de la casita de Friedrich, penetraba ya la luz diurna. Cuando nos miramos a un espejo, nos dimos cuenta del terrible aspecto que presentábamos. María y yo estábamos sucios de barro, de sangre y de harina, mojados completamente, con los cabellos revueltos y los trajes rotos, con manchas moradas en los rostros...

María se recostó contra mí y yo pasé un brazo alrededor de sus hombros. Suspiramos profundamente. Nuestro nuevo amigo trajo una bandeja con una cafetera llena y humeante, con bollos y leche, con unos succulentos filetes de jamón frito...

No dijimos nada pero nuestros ojos hablaron lo suficiente. Friedrich se echó a reír, dándose cuenta de lo hambrientos que estábamos. Pero, comprendiendo también que teníamos apetito de soledad, dejó la bandeja sobre la mesita y se fue, dando una excusa.

—Yo era un joven que deseaba acostarme temprano... —empecé a decir—. Encontré a la encantadora pistolera que tengo en mis brazos y ahora quiero tenerla siempre cerca de mí. Lo única que falta es que ella lo consienta.

F.B.I.

LA COLECCION SIN RIVAL

F.B.I.

LA COLECCION QUE MARCA
UNA EPOCA EN LA NOVELA
POLICIACA MUNDIAL

F.B.I.

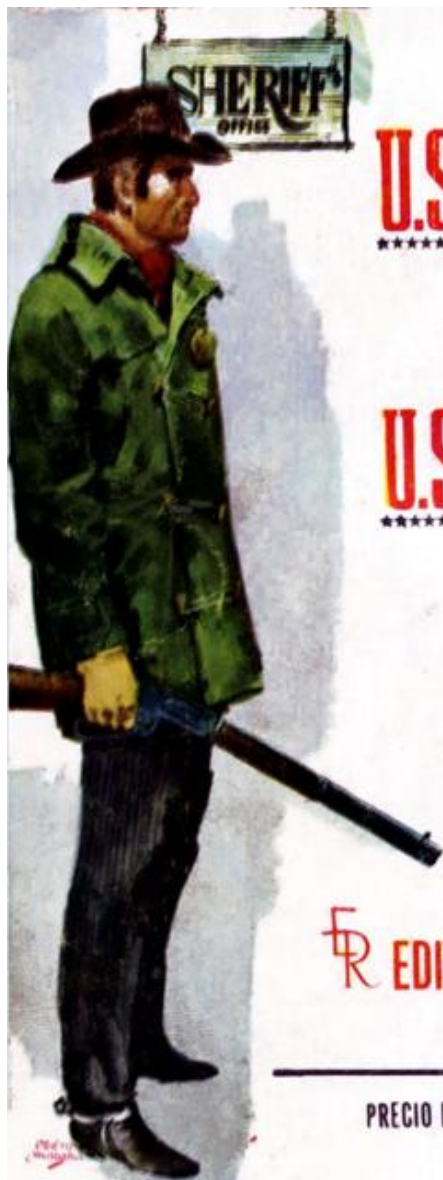
LA COLECCION TRADUCI-
DA A TODOS LOS IDIOMAS

Es, naturalmente, una publicación de
EDITORIAL ROLLAN, S. A.

Amaro García, 17 — Madrid - 5

100

SELECCIONES - 319 - 10



U.S. MARSHAL

una serie tensa y
vibrante como las
hazañas de los

U.S. MARSHAL

los servidores de la
Ley que tenían que
doblegar y vencer a los
que habían hecho de
la violencia y el crimen
una norma de vida

•

Es, naturalmente, una publicación de
EDITORIAL ROLLAN, S. A.

Amaro García, 17—Madrid-5

PRECIO DE ESTE VOLUMEN **10** Pesetas